

Estado del arte sobre la relación entre las nociones freudianas de *fantasía* y *masoquismo femenino* en los fenómenos de violencia de pareja hacia la mujer.

Sarai Yelena Vargas Reales

Tesis de grado

Asesora

Kelly Vargas García

Universidad Eafit

Facultad de Humanidades

Psicología

Medellín

2020.



Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).

Tabla de contenido.

Planteamiento del problema.....	7
Descripción del problema.....	7
Antecedentes de investigación	9
Pregunta de investigación.....	16
Justificación.....	17
Objetivos.....	18
General.....	18
Específicos.....	18
Marco referencial	19
Violencia de pareja hacia la mujer	19
<i>Fantasía</i> en Freud.....	19
Masoquismo	21
Diseño metodológico.....	27
Enfoque y tipo de estudio.....	27
Unidad de análisis.....	28
Población.....	28
Muestra poblacional	29
Técnicas de recolección y registro de la información.....	30
Plan de análisis	30
Desarrollo del trabajo	31
Categoría 1: <i>Violencia de pareja hacia la mujer</i>.....	31
Ideales de género	32
Dupla dominio – sumisión.....	36
Violencia hacia la mujer, un acercamiento desde el psicoanálisis freudiano.....	39

Mirada desde el hombre	41
Mirada desde la mujer	43
Categoría 2: <i>Fantasía en Freud</i>.....	47
Trauma.....	47
Síntoma.....	48
Fantasía.....	53
Fantasía de paliza.....	58
Categoría 3: <i>Masoquismo Femenino</i>.....	63
Pulsión.....	63
Masculino - femenino / actividad- pasividad	65
Masoquismo	69
Conclusión.....	78
Referencias	81

Listado de tablas.

<i>Tabla 1</i>	28
<i>Tabla 2</i>	29

Resumen.

El presente trabajo de investigación cualitativa aborda la posible relación entre las nociones freudianas de *masoquismo femenino* y *fantasía* en los fenómenos de *violencia de parejas hacia la mujer*. A través de la estrategia metodológica estado del arte se analizaron 78 textos entre ellos: artículos científicos, académicos, textos clásicos, notas de prensas, ensayos, informes, trabajos de grado, libros, etc. Empleando las siguientes categorías de análisis: *masoquismo femenino*, *fantasía*, y *violencia de parejas hacia la mujer*.

Los resultados de esta investigación se dividen en tres capítulos. El primer capítulo *violencia de parejas hacia la mujer*, muestra como esta violencia, ha sido comandada a través del tiempo mediante los ideales de género: mujer: sumisa – hombre: dominante.

El segundo capítulo *fantasía*, evidencia como la fantasía Pegan a un niño instaura un punto de fijación para la satisfacción pulsional con respecto al padre de carácter masoquista. En el caso de las mujeres supone un punto de partida para la elección de objeto: pareja que deviene a ser quien ocupe el lugar de “ese padre” que “pega” en el caso de violencia de pareja.

En el caso de los varones su aparato psíquico crea frente al enigma de la feminidad, un complejo fantasmático cuya matriz es la construcción de Pegan a un niño, es decir, el masoquismo femenino: ser castrado por un padre gozador y amenazante por parte de los varones.

En el tercer y último capítulo *masoquismo femenino* se expresa este, como la forma de intentar comprender la feminidad. El masoquismo expone el mantenimiento de la percepción de la mujer que tienen los varones en una posición denigrada, castrada y con la función de parir, además muestra como el dominio ejercido hacia las mujeres actualmente sigue dirigido por la imaginación masculina y por el poder hegemónico de estos.

La violencia manifiesta hacia la mujer es el emergente de un violentamiento colectivo de las subjetividades femeninas que representan la amenaza palpable de castración que fuerza a los varones hacia el temor que desemboca en el dominio y violentamiento que inhibe el asertividad de las mujeres.

Palabras claves: masoquismo femenino, violencia, mujer, pulsión, fantasía, castración.

Abstract.

The present work of qualitative research approaches the possible relation between Freudian notions of feminine masochism and fantasy in the phenomena of violence of couples towards women. Through the methodological strategy state of the art, 78 texts were analyzed among them: scientific and academic articles, classic texts, press notes, essays, reports, graduate works, books, etc. Using the following categories of analysis: feminine masochism, fantasy, and violence of couples towards women.

The results of this research are divided into three chapters. The first chapter shows how partner violence against women has been commanded over time by gender ideals: woman: submissive - man: dominant.

The second chapter, Fantasy, shows how the fantasy of hitting a child establishes a point of fixation for the satisfaction of the impulse with respect to the father of a masochistic character. In the case of women, it is a starting point for the choice of object: a partner who becomes the one to take the place of "that father" who "hits" in the case of partner violence.

In the case of men, their psychic apparatus creates, in the face of the enigma of femininity, a phantasmatic complex whose matrix is the construction of a child's beating, i.e., feminine masochism: being castrated by a father who enjoys and is threatened by men.

In the third and last chapter, feminine masochism is expressed as the way to try to understand femininity. Masochism exposes the maintenance of the perception of women that men have in a denigrated, castrated position and with the function of childbirth, it also shows how the dominance exercised towards women today continues to be directed by the male imagination and by the hegemonic power of these.

The violence manifested towards women is the emergence of a collective violence of the feminine subjectivities that represent the palpable threat of castration that forces men towards the fear that leads to the dominion and violence that inhibits the assertiveness of women.

Key words: feminine masochism, violence, woman, drive, fantasy, castration.

Planteamiento del problema.

Descripción del problema.

En el 2019 la OMS informa que aproximadamente una de cada tres mujeres (35%, a nivel mundial) han sido víctimas de violencia física y/o sexual por parte de su pareja o de terceros a lo largo de su vida; casos en los que predomina la violencia por parte de la pareja. Aproximadamente 30% de las mujeres que han experimentado una relación de pareja narran haber estado sometidas a algún tipo de violencia por parte de su cónyuge en algún momento, el 7% expresa haber padecido algún tipo de agresión por personas distintas a su compañero y el 38% de feminicidios son cometidos por el compañero sentimental de las mujeres. Las estimaciones de prevalencia de la violencia de pareja oscilan entre el “23,2% en los países de ingresos altos y el 24,6% en la región del Pacífico Occidental, al 37% en la región del Mediterráneo Oriental y el 37,7% en la región de Asia Sudoriental” (OMS, 2017, párr.14).

En Latinoamérica cada dos horas una mujer es asesinada, al menos 3.287 mujeres han sido víctimas de feminicidio en 2018, según el análisis de CEPAL(2018) con información de 15 países de América Latina y el Caribe. A esta cifra inicial se debe sumar los feminicidios cometidos por la pareja o ex pareja de la víctima, lo que nos deja una cifra de 3.529 mujeres asesinadas. Centroamérica registra los niveles más altos de feminicidios por cada 100.000 habitantes, siendo El Salvador (6.8) quien encabeza la lista, seguido por Honduras (5.1) y Bolivia (2.3), estas altas y preocupantes cifras ponen en evidencia la normalización de la violencia como hecho cotidiano en estos países (Sardiña, 2019).

Según la CEPAL (2018) la lista de feminicidios en América Latina se encuentra encabezada por Brasil con una tasa de 1206 feminicidios, México con 898, Argentina con 255, le sigue Guatemala con una tasa de 172 feminicidios, Colombia con 159, Perú con 131, Venezuela con 122, República Dominicana con 106, Ecuador con 104 y en los demás países sus cifras oscilan entre los 20 a 60 feminicidios como es el caso de Panamá, Chile, Costa Rica, Paraguay, Uruguay, Trinidad y Tabaco.

En Colombia, según el Instituto de Medicina Legal, entre los meses de enero y octubre del 2019, 98.583 mujeres han sido víctimas de violencia de género. “Por violencia de pareja

se han atendido 34.183 casos; por violencia interpersonal 3.144 agresiones; por violencia sexual 18.967; por violencia intrafamiliar 13.160 casos” (La FM, 2019, párr. 2). Además de este panorama no tan alentador, se notó un aumento en los suicidios como consecuencia de la violencia hacia la mujer. mientras que, en el 2018 ocurrieron 360 casos, en el 2019, van 430, para un total de 790 en lo corrido de estos años.

Seguimos viendo un aumento en el caso de los suicidios en Colombia, lo que sigue siendo preocupante porque tanto el homicidio como el suicidio, muestran el panorama final de todo este ciclo de violencia, que se escala para las mujeres, afirmó Claudia García (2019) directora de la Medicina Legal (La FM, 2019, párr 5).

“El informe de Medicina Legal 2019 advierte que 1.229 mujeres han fallecido de manera violenta; entre las principales causas de muerte se destacan 453 por arma de fuego; asfixia 329 y por arma cortopunzante 176” (La FM, 2019, párr 6). En 2018- 2019, en Colombia fueron agredidas 202.490 mujeres. Bogotá ocupó el primer lugar con 44.892 casos; seguida de Antioquia con 22.557; Valle del Cauca reportó 16.075 y Cundinamarca con 15.643 casos (La FM,2019). En 2018 y lo corrido del 2019, se registraron en el país 1.595 muertes violentas de mujeres (La FM, 2019).

Ahora centrémonos en Antioquia. En lo corrido del 2019, la directora de Medicina Legal Claudia García informó que Antioquia presentó un incremento del 66% de los casos de violencia contra la mujer respecto al 2018. En la ciudad de Medellín, en el 2018 según un informe elaborado por la Cooperativa Mujeres que crean y Vamos mujer se presentaron 1.270 casos de violencia hacia la mujer.

Todo lo anterior solo evidencia cómo la violencia contra las mujeres es un problema de carácter internacional, nacional y regional que muestra cómo el gobierno a pesar de sus intentos aún sigue presentado insuficiencia para su abordaje. Estos casos tienen distintas explicaciones y comprensiones desde el marco legal, pero se habla muy poco de una explicación y comprensión de los elementos psicológicos presentes y, menos aún, desde el psicoanálisis, disciplina que si bien concibe la singularidad del caso a caso en la clínica, aporta nociones para la comprensión de fenómenos en lo social.

Antecedentes de investigación.

En el psicoanálisis freudiano se encuentran elementos para la comprensión de los fenómenos de violencia, justamente porque Freud se ocupó a lo largo de su obra de la condición de las mujeres, de entrada, con el concepto de fantasía que aparece en los primeros textos de su obra y, en un segundo momento, con la noción de masoquismo femenino. En este orden de ideas, lo que concierne a la concepción de lo femenino, en sus inicios Freud (1897) en la *carta 75 a Fliess* menciona la diferencia que se establece entre niñas y niños en la pubertad, etapa en que la mujer debe reprimir parcialmente su zona erógena masculina, clítoris, razón por la cual la representación de la mujer no existe en la imagen del cuerpo de los niños, esta aparece luego del paso por la castración (Vargas, 2016).

En *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud (1905) señala que en la primera infancia el clítoris es el órgano masculino sustituto del falo, motivo por el cual se cree que todos los miembros poseen este y de nuevo se evidencia la ausencia de la feminidad.

Por su parte en *La organización genital infantil*, Freud (1923) resalta la evidente importancia de la primacía fálica en la vida sexual tanto para niños y niñas, dicha primicia fálica lleva al complejo de castración en las niñas, donde ambos niños piensan que ella perdió su falo.

Mientras que, en *El sepultamiento del complejo de Edipo*, Freud (1924) consolida su tesis fálica, donde parte de los dos caminos (el del hombre y el de la mujer) que se toman frente al complejo de Edipo. La mujer entra al complejo de Edipo por el complejo de castración que destituye a la madre como objeto de amor a quien culpa por su falta de pene para dirigirse al padre portador del falo y a quien quiere darle un hijo y el niño de forma contraria.

Freud (1925) menciona la existencia de una prehistoria en el complejo de Edipo y resalta que el primer objeto de amor de la niña es la madre, lo que deja huellas en las futuras elecciones de objeto. En consecuencia, el complejo (niña-padre) es una formación secundaria.

En su texto *Sobre la sexualidad femenina*, Freud (1931) menciona sobre la ligazón madre-hija como posible consecuencia: que la niña en vez de transitar al padre como objeto

de amor, puede permanecer fijada en la elección de la madre de esto, que todas las elecciones de objeto en la vida posterior femenina de la mujer serán heredadas de esa relación originaria. Aquí, Freud distingue una bisexualidad en la mujer gracias a la doble elección de objeto de amor (madre y luego padre) que abre paso a dos vías en su sexualidad: una masculina regida por la primacía fálica y la otra femenina donde aparece la vagina como zona genital rectora de la vida sexual (Vargas, 2016).

Esta presencia de lo femenino a partir de la ausencia y la no diferencia, genera un enigma frente al goce femenino, aportando elementos para instaurar fantasías femeninas en los hombres llevándolos al masoquismo femenino; desear estar en una posición femenina para descifrar el enigma.

En cuanto a la consolidación de su teoría sobre la fantasía, Freud comienza desde su texto *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908), cuando sus pacientes histéricas le relataban escenas en las que habían sido abusadas o seducidas sexualmente con todas sus consecuencias traumáticas y, por supuesto, Freud creyó que esta cuestión podría ser verdadera. No obstante, se da cuenta que muchos de esos relatos corresponden a escenas fantaseadas por el paciente y no a hechos reales; de este modo, hay pacientes que realmente han sido abusados y están distorsionados por la fantasía de sus recuerdos infantiles, material reprimido por su contenido y procedencia que deviene inconsciente.

Freud en 1908 define estas fantasías de la siguiente manera:

Las fantasías inconscientes, o lo han sido siempre, habiendo tenido su origen en lo inconsciente, o, lo que es más frecuente, fueron un día fantasías conscientes, sueños diurnos, y han sido luego intencionadamente olvidadas, relegadas a lo inconsciente por la 'represión' [...] la fantasía inconsciente integra una importantísima relación con la vida sexual del individuo, pues es idéntica a la que él mismo empleó como base de la satisfacción sexual, en un período de masturbación. (p. 142)

Freud resalta el término "sueños diurnos" aplicado a las fantasías diurnas conscientes, ya que tienen en común el ser realizaciones de deseos: "[...] tienen en gran parte como base las impresiones provocadas por sucesos infantiles y sus creaciones gozan de cierta benevolencia de la censura" (Freud, 1900 [1899], p. 414). De esto se comprenden los ataques histéricos que consisten en sueños diurnos que emergen involuntarios. Estos sueños diurnos muchas veces mediante el análisis sirven para explicar los sueños nocturnos, siendo estos

deseos de los que tenemos que avergonzarnos y debemos ocultar, razón por la cual fueron reprimidos y empujados al inconsciente, la única forma en que estos se pueden consentir es a través de la desfiguración.

De otro lado, en *El creador literario y el fantaseador*, Freud (1908) trata sobre la curiosidad que despierta el crear poético y cómo desde cada niño puede que exista un poeta, diferenciando la acción de juego del niño con el fantaseador adulto, describiendo el tránsito que debe hacer un niño para salir del juego, renunciando a su placer y tomar hacer frente a las realidades de la vida, puede que en algún momento de la adultez se renuncia a esa carga: la seriedad y se regrese a tomar la vida como un juego, ya que es muy difícil ese paso de dejar un placer que ya se conoció y se gozó. En ese orden de ideas, en realidad no renunciamos al placer si no que lo transformamos, “así, el adulto, cuando cesa de jugar, sólo resigna el apuntalamiento en objetos reales; en vez de jugar, ahora fantasea. Construye castillos en el aire, crea lo que se llama sueños diurnos.” (p. 128)

Otra diferencia planteada en el mismo texto sobre el juego en los niños y el fantasear en los adultos, es que el niño no se avergüenza y juega ante su público porque su razón es educarse para ser mayor, caso contrario del adulto que sí se avergüenza de sus fantasías, puesto que no es permitido en la adultez algo tan infantil y esconde de los otros sus intimidades más personales; el requisito para que el adulto fantasee se basa en la insatisfacción, los deseos insatisfechos son la pulsión de la fantasía, esta es un singular cumplimiento del deseo de satisfacción.

En *Pegan a un niño*, Freud (1919) aborda la fantasía de azote : Esta inicia a muy temprana edad de la infancia y se presenta como <el padre pega a un niño> al niño que odio (un hermanito si lo hay), en la siguiente fase pasa a ser el fantaseador el niño azotado, es aquí cuando esta se ha teñido de placer <soy azotado por el padre>, luego se traslada a una serie de sustituciones de los personajes como por ejemplo “el maestro” pega a un niño que ya no es el fantaseador, en este momento el fantaseador ocupa el lugar de “probablemente estoy mirando” y los niños azotados con frecuencia son varoncitos, aquí la fantasía presenta una carga sádica por ser observador, porque al final de cuentas no es el niño el que pega a los

otros niños, además es portadora de excitación intensa sexual que busca la satisfacción onanista.

Siguiendo con Freud (1919), la fantasía allí

está referida al deseo de recibir una satisfacción sexual y amorosa por parte del padre a través de una serie de sustituciones de los personajes (del soñante y del padre) y una serie de inversiones gramaticales, revelando la frase que describe la escena que acompaña al onanismo: "pegan a un niño", tan enigmática al principio, está vinculada con dos pasos previos: uno, susceptible de ser recordado, "el padre pega a un niño"; el otro, inconsciente y reprimido, tiene un carácter masoquista, "yo soy pegado por el padre". Ese "ser pegado" contiene a la vez culpa y erotismo: "no es sólo el castigo de la relación genital prohibida, sino también su sustitución regresiva" (p. 186).

Esta fantasía, según Freud, pasa por los sujetos hablantes (atravesados por el lenguaje) o sea todos en nuestra infancia cruzamos por ella y por ende, se instaura en nuestra psique, esta misma luego como lo analizamos en las fantasías histéricas y su relación la bisexualidad puede presentarse como un suceso que en la vida adulta desea ser repetido o revivido, de allí su nombre fantasía, se fantasea y añora constantemente con la necesidad de ser golpeado y amado por un otro que basados en la fantasía de azote sería el "padre" para volver a sentir la excitación sexual primaria que esto produce. Lo importante en este punto, es que allí se instala un punto de fijación que comporta amor y odio, en esa construcción -fantasía- que se retiene para la satisfacción pulsional lo que significaría que la pulsión se encuentra comprometida. Esto indicaría un punto de partida para la elección de objeto de amor que viene a ser quien ocupe el lugar de "ese padre" que pega.

Respecto del carácter masoquista que mencionamos dentro de la fantasía, analizaremos el masoquismo y sadismo en Freud como destinos de desenlace de la satisfacción pulsional.

Freud (1915) en *Pulsión y destino de pulsión*, brinda varias definiciones sobre la noción de pulsión, una de las primeras, es la que define la pulsión a partir de los estímulos internos que influyen en el alma de manera constante, y que solo pueden ser cancelados con la satisfacción, estos estímulos se convierten en la marca de "un mundo interior y de unas necesidades pulsionales" (p. 114). Estas marcas del

"(...) mundo interior y de unas necesidades pulsionales están regidas por lo que Freud llama principio de placer, es decir sensaciones de la serie placer-displacer que regulan de manera automática ese mundo interior y necesidades pulsionales, esas sensaciones reflejan el modo en que se cumple el dominio de los estímulos. Y ello con seguridad en este sentido: el

sentimiento de displacer tiene que ver con un incremento del estímulo, y el de placer con su disminución.” (p. 116).

La pulsión entonces pasa a ser un representante de dichos estímulos que alcanzan el alma entre lo somático y lo anímico. En conexión a este concepto, la pulsión estaría compuesta por:

- *Fuente (quelle)*: Es entendida como el órgano en el que se produce la excitación sexual y donde brota la pulsión: *zona erógena*. Esta es los orificios del cuerpo básicos para la supervivencia y en los que se apoya la sexualidad. En diferentes momentos del desarrollo psicosexual, cada una de estas zonas tendrá una prevalencia sobre las demás (Palacios, 2017).
- *Fuerza (drang)*: se entiende su factor motor, la suma de fuerza o la medida de la exigencia de trabajo que ella representa, siendo esta una esencia misma (Freud, 1915).
- *Meta (ziel)*: esta es siempre la satisfacción, que se logra, según Freud (1915), a través de la cancelación del estímulo en la fuente de la pulsión. Él mismo concibe unas metas próximas, inmediatas e inhibidas, que también persiguen la satisfacción, así sea de un modo parcial (Vargas, 2016).
- *Objeto (objekt)*, es aquel por medio del cual la pulsión tiene la posibilidad de alcanzar la satisfacción parcial. Puede ser un objeto ajeno o incluso una parte del propio cuerpo, Freud plantea que el objeto “es lo más variable de la pulsión”. Los objetos se eligen según las condiciones de la propia historia del sujeto (Palacios, 2017).

A partir de estos componentes, Freud distingue dos grupos de pulsiones: las pulsiones yoicas o de autoconservación y las pulsiones sexuales. En esta investigación nos centraremos en las segundas, las pulsiones de carácter sexual que son aquellas en las que:

La meta a la que aspira cada una de ellas es el logro del placer de órgano; sólo tras haber alcanzado una síntesis cumplida entran al servicio de la función de reproducción, en cuyo carácter se las conoce comúnmente como pulsiones sexuales (Freud, 1915, p.121).

Gracias a los estudios de Freud sobre las pulsiones sexuales conocemos los caminos que esta puede seguir en la vía a la satisfacción, entre estos se encuentran la represión, la sublimación, el trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona propia; retomaremos los dos últimos.

En la vuelta hacia la persona propia Freud propone un sadismo vuelto hacia sí mismo que termina en últimas siendo masoquismo, en este proceso no se trata de la meta, pues esta

continúa siendo la misma; lo esencial se trata es del objeto de la pulsión, pero esto se da en tres movimientos: la meta activa de humillar recae sobre una persona, la cual se encuentra en posición de objeto, y toda su fuerza y dominio incide sobre el otro que se pone en el lugar de aquel que recibe, se produce un viraje en la posición del objeto, pues con el trastorno hacia lo contrario la meta se ha cambiado de activa a pasiva y se presenta el trastorno en cuanto al contenido con la mudanza del amor al odio, exhibiendo una vuelta del sadismo hacia la persona propia. Como consecuencia del cambio en la meta de la pulsión, el sujeto busca un objeto sexual que se ponga en el lugar del sujeto de la acción (que aplique fuerza y dominio), poniéndose él como el objeto sobre el cual recae los imperativos de su sujeto de acción que sería el caso del masoquismo (Restrepo, 2009).

Según lo anterior, Freud refiere encontrar en todo masoquismo una posición sádica inicial, y precisa la escena en donde la pulsión traza su camino que inicia con una meta activa (voyeurista - martirizadora) y luego pasiva (exhibicionista - mártir); evidenciando en la pulsión sadomasoquista, la existencia y confluencia de estas tendencias (pasiva -activa), pero que hay una huella particular en relación al objeto, siendo el sadismo el comienzo, pues su meta es activa: el ejercicio de poder (y control) sobre un objeto y, el masoquismo, con una meta pasiva, permitiendo el retorno de la pulsión, en el lugar inicial, es decir, el cuerpo propio (Rangel, 2010).

Freud vuelve sobre este asunto en 1920 en *Más allá del principio del placer* y en 1924 en *El problema económico del masoquismo*, donde considera la posibilidad de una satisfacción masoquista que no hubiera pasado por la vía del sadismo originario. Por lo tanto, cambia la fórmula que había propuesto en pulsiones y destinos de pulsión (1915) planteando el masoquismo como originario. Ahora bien,

una vuelta de la pulsión desde el objeto hacia el yo no es en principio otra cosa que la vuelta desde el yo hacia el objeto que aquí se nos plantea como algo nuevo. El masoquismo, la vuelta de la pulsión hacia el yo propio, sería entonces, en realidad, un retroceso a una fase anterior de aquella, una regresión. La exposición que hicimos del masoquismo en aquella época necesitaría ser enmendada en un punto, por demasiado excluyente: podría haber también un masoquismo primario, cosa que en aquel lugar quise poner en entredicho (Freud, 1920, p. 53).

Freud (1924) en *El problema económico del masoquismo* pasará entonces a distinguir tres formas del masoquismo: masoquismo erógeno, masoquismo femenino y masoquismo moral.

El masoquismo erógeno, según Freud, se define como “el placer {gusto} de recibir dolor” (se encuentra fundado también en las otras dos formas de masoquismo), este nace de las fantasías infantiles de ser golpeado por el padre, condición a la que se sujeta la excitación sexual, donde la pulsión de destrucción no sale toda si no que queda una parte dentro del sujeto como necesidad de castigo por el sentimiento de culpa resultado de la relación incestuosa deseada con el padre.

El masoquismo moral se concibe como la búsqueda de padecimiento en respuesta a la culpa que viene al sujeto de parte del superyó, lo que sucede es que el yo reacciona con sentimientos de culpa ante la idea de no estar a la altura del superyó (que toma pautas de las figuras parentales). Se ha atribuido

al superyó la función de conciencia moral y reconocido en el sentimiento de culpa la expresión de una tensión entre el yo y el superyó. “El yo reacciona con sentimientos de culpa (angustia de la conciencia moral) ante la percepción de que no está a la altura de los reclamos que le dirige su ideal, su superyó” (Freud, 1924, p.172).

El masoquismo moral se manifiesta a través de pedir castigo al superyó, el masoquismo aquí es atribuido al yo y el sadismo al superyó instancias que se encuentran al fin y al cabo en un mismo sujeto.

Freud se refiera a masoquismo femenino en relación con las fantasías que había encontrado en sus pacientes hombres, en las que se revelaba una pregunta por lo enigmático que llegaba a ser goce de la mujer (sujeto al falo, pero también más allá de el). Este es característico cuando una persona desea ocupar una posición en una situación característica de la feminidad, vale decir, significan ser castrado, ser poseído sexualmente o parir. El contenido manifiesto es el mismo: ser amordazado, atado, golpeado dolorosamente, azotado, maltratado de cualquier modo, sometido a obediencia incondicional, ensuciado, denigrado” (Freud,1924, p.168).

Recordemos que Freud en *Organización genital infantil* (1923), resalta la característica principal de la organización genital infantil: “Reside en que, para ambos sexos, sólo

desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo.” (p.146)

A partir de esto, Freud en *Tres ensayos de la teoría sexual* (1905) describe que el varoncito parte de que todos los seres vivos poseen un genital parecido al que él tiene, el niño por su instinto investigativo comienza a desear ver y comparar su miembro con el de otros, gracias a esta curiosidad sexual se da cuenta que no todos los seres poseen un miembro parecido al de él, esto a través del observar a sus hermanitas o compañeras de clase o incluso en la acción de orinar de las niñas, pero el varoncito en este punto sigue creyendo que todos poseen pene y en el caso de la niña que este está aún pequeño y crecerá, luego de esto llega a la conclusión de que no crecerá si no que fue removido/cortado. El ser castrado para el varoncito representara que la niña hizo algo malo y fue castigada con la mutilación de su falo y como resultado de esto concebirla como algo “ensuciado y denigrado”.

La dificultad para definir lo femenino, observada de manera cronológica en la teoría Freudiana; la fantasía y el masoquismo femenino, son las bases de esta investigación para analizar las consecuencias y repercusiones que traen dichas concepciones de algo “ensuciado y denigrado” que fue situado del lado de la mujer, vale la pena preguntarnos, ¿estas repercusiones se ven representadas actualmente a través de los fenómenos de violencia hacia la mujer?

Pregunta de investigación.

¿Qué relación tiene la noción Freudiana *fantasía y masoquismo femenino*, en los fenómenos de la violencia de parejas hacia la mujer ?

Justificación.

Este proyecto de investigación es relevante y pertinente, puesto que busca la comprensión en términos psíquicos de fenómenos que ocurren a diario en el panorama nacional y notorios por el alto número de casos de violencia hacia la mujer en el contexto colombiano, más allá de una comprensión legal. Desde el psicoanálisis freudiano y la psicología, en general, se busca aportar otra óptica para la comprensión de fenómenos relacionados con la violencia de pareja hacia la mujer, desde conceptos como el de *fantasía* y *masoquismo femenino*, contribuyendo así, al descubrimiento de nuevas variables en un fenómeno que actualmente es considerado un problema de salud pública en Colombia, lo que implicaría ser abordado de una manera más interdisciplinar, desde diferentes ejes e intervenciones más amplias.

A nivel personal este proyecto supone un acercamiento a un fenómeno desde una corriente afín, siendo un fenómeno que, en mi experiencia de práctica profesional, acontecía con mucha frecuencia, convirtiéndose en una fuente de malestar. De esta manera, este trabajo se propone aportar, no solo a la academia y a las investigaciones en Psicología, sino también a la sociedad, a través de la divulgación de elementos importantes y pertinentes para conocer y prevenir un fenómeno que cada día cobra más víctimas en nuestro medio. Por último, para ampliar mis conocimientos relativos a esta situación social en la que me quiero especializar y ejercer de la mano de diversos movimientos sociales, entre ellos el movimiento feminista, para permitir que las mujeres víctimas encuentren un alivio a su realidad.

Objetivos.

General.

Comprender la relación entre las nociones Freudianas de *fantasía* y *masoquismo femenino*, en la *violencia de pareja hacia la mujer*.

Específicos.

1. Conceptualizar causas y efectos de la *violencia de pareja hacia la mujer*.
2. Identificar la función de la noción Freudiana de *fantasía*.
3. Reconocer la función de la noción Freudiana de *masoquismo femenino*.

Marco referencial.

Violencia de pareja hacia la mujer.

La Declaración sobre la Eliminación de la Violencia contra la Mujer define la *violencia contra la mujer* como

todo acto de violencia basado en la pertenencia al sexo femenino que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la vida privada. (Naciones unidas, 2020, párr. 14).

En el caso de la violencia de pareja hacia la mujer la OMS precisa que dicha violencia incluye la violencia física, sexual y psíquica y los comportamientos dominantes por parte de sus parejas actuales o anteriores (OMS, 2020).

Esta violencia ocasiona afecciones de salud física y mental, también la disminución de la participación económica, política y social provocando aumento de los suicidios en mujeres víctimas de maltrato como lo muestran las cifras mostradas a lo largo del trabajo. El miedo constante, el estrés, las lesiones y el control coercitivamente violento desencadenan y empeoran diversos trastornos y enfermedades crónicas, en muchas ocasiones si la mujer está en embarazo provoca abortos y partos prematuros, por otra parte aumenta el riesgo de enfermedades de transmisión sexual, trastornos mentales, desórdenes alimentarios y farmacodependencia.

Fantasía en Freud.

De acuerdo con los textos *Pegan a un niño* y *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, Freud posibilita nombrar la fantasía como una forma de representar situaciones imaginarias y deseadas, en este caso, por el sujeto. Freud las nombra, en un primer momento, *fantasías eróticas infantiles* y son un punto de partida para la elección de objeto y la forma de obtener satisfacción.

Freud resalta el término "sueños diurnos" aplicado a las fantasías diurnas conscientes, ya que tienen en común el ser realizaciones de deseos: "[...] tienen en gran parte como base

las impresiones provocadas por sucesos infantiles y sus creaciones gozan de cierta benevolencia de la censura" (Freud,1900 [1899] , p. 414).

Por otra parte, los mencionados sueños nocturnos son deseos de los que tenemos que avergonzarnos y debemos ocultar, y que por eso mismo fueron reprimidos, empujados a lo inconsciente, la única forma en que estos se pueden consentir es a través de la desfiguración.

Estos sueños, tanto diurnos como nocturnos, son igual de recurrentes en ambos sexos, en las mujeres jóvenes

predominan casi exclusivamente los eróticos, pues su ambición acaba, en general, en el querer-alcanzar amoroso; en el varón joven, junto a los deseos eróticos cobran urgencia los egoístas y de ambición: (...) en la mayoría de las fantasías egoístas se descubre en un rinconcito a la dama para la cual el fantaseador lleva a cabo todas esas hazañas, y a cuyos pies él pone todos sus logros (Freud, 1908, p.130).

Pero ¿De dónde provienen dichas fantasías? En *Pegan a un niño* o la llamada fantasía de paliza, Freud (1919) aborda la fantasía de azote desde el sexo masculino y femenino y, aquí nos ocuparemos centralmente del sexo femenino.

Esta inicia a muy temprana edad de la infancia y se presenta como “el padre pega a un niño” al niño que odio (un hermanito si no hay), en la siguiente fase pasa a ser el fantaseador el niño azotado, es aquí cuando esta se ha teñido de placer “soy azotado por el padre”, luego se traslada a una serie de sustituciones de los personajes como por ejemplo “el maestro” pega a un niño que ya no es el fantaseador, en este momento el fantaseador ocupa el lugar de “probablemente estoy mirando” y los niños azotados con frecuencia son varoncitos, aquí la fantasía presenta una carga sádica por ser observador, porque al final de cuentas no es el niño el que pega a los otros niños, además es portadora de excitación intensa sexual que busca la satisfacción onanista (masturbación). Por su parte, en la niña estas excitaciones se ven enredadas en su complejo parental, la niña pequeña está fijada en la ternura de su padre y presenta una actitud de odio y competencia hacia la madre.

Ser azotado representa la destitución del amor y humillación “el padre no ama a ese niño, solo me ama a mi” (Freud, 1919). Aquí emerge lo que en psicoanálisis se ha denominado sentimiento de culpa como resultado de la represión y la regresión, dicho sentimiento nace por la fantasía de base y no por el acto onanista en sí, aquí es donde toma tinte masoquista “mi padre me pega”, “el padre me pega, soy azotado por el padre” (deviene

inconsciente), esta escena de masoquismo se descarga en actos onanistas, ya los muchos niños azotados en la última fase son solo situaciones de la persona propia.

Masoquismo.

Retomando a Freud (1919) en *Pegan a un niño* se expone esta fantasía que da cuenta de una escena imaginada como soporte de la satisfacción masturbatoria (está referida al deseo de recibir una satisfacción sexual y amorosa por parte del padre) a través de una serie de sustituciones de los personajes (fantaseador y padre) que nos permite examinar las relaciones con el sadismo y el masoquismo. La frase "pegan a un niño", tan enigmática al principio, está vinculada con dos pasos previos: uno, susceptible de ser recordado, "el padre pega a un niño"; el otro, inconsciente y reprimido, tiene un carácter masoquista, "yo soy pegado por el padre". Ese "ser pegado" contiene a la vez culpa y erotismo: "no es sólo el castigo de la relación genital prohibida, sino también su sustitución regresiva" (Freud, 1919, p. 186).

Esta fantasía, tal como nos dice Freud, es la expresión directa de la conciencia de culpabilidad, ante la cual sucumbe el amor al padre. Dicha conciencia de culpabilidad es lo que transforma el sadismo en masoquismo sustituyéndose en la fantasía "mi padre me ama" por "mi padre me pega" (Sanín, 2005).

A continuación, analizaremos los términos sádico - masoquista dentro de la fantasía como componentes inherentes a las pulsiones .

En *Pulsión y destino de pulsión*, Freud (1915) brinda varias definiciones sobre la noción de pulsión, uno de las primeras, es la que define la pulsión a partir de los estímulos internos que influyen en el alma de manera constante, y que solo pueden ser cancelados con la satisfacción, estos estímulos se convierten en la marca de "un mundo interior y de unas necesidades pulsionales" (p. 114). Estas marcas del mundo interior y de unas necesidades pulsionales están regidas por lo que Freud llama principio de placer,

es decir, sensaciones de la serie placer-displacer que regulan de manera automática ese mundo interior y necesidades pulsionales, esas sensaciones reflejan el modo en que se cumple el dominio de los estímulos. Y ello con seguridad en este sentido: el sentimiento de displacer tiene que ver con un incremento del estímulo, y el de placer con su disminución. (p.116).

La pulsión entonces pasa a ser un representante de dichos estímulos que alcanzan el alma entre lo somático y lo anímico.

Freud distingue dos grupos de pulsiones: las pulsiones yoicas o de autoconservación y, las pulsiones sexuales. En esta investigación nos centraremos en las segundas, las pulsiones de carácter sexual, definidas como aquellas en las que:

La meta a la que aspira cada una de ellas es el logro del placer de órgano; sólo tras haber alcanzado una síntesis cumplida entran al servicio de la función de reproducción, en cuyo carácter se las conoce comúnmente como pulsiones sexuales.(Freud, 1915, p.121)

En conclusión, las pulsiones sexuales actúan de modo autoerótico y pueden tomar diferentes caminos en vía a la satisfacción, entre estos se encuentran la represión, la sublimación, el trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona propia; retomaremos los dos últimos.

En la vuelta hacia la persona propia Freud propone un sadismo vuelto hacia sí mismo que termina en últimas siendo masoquismo, en este proceso no se trata de la meta, pues esta continua siendo la misma; lo esencial se trata es del objeto de la pulsión, pero esto se da en tres movimientos: la meta activa de humillar recae sobre una persona, la cual se encuentra en posición de objeto, y toda su fuerza y dominio incide sobre el otro que se pone en el lugar de aquel que recibe, se produce un viraje en la posición del objeto, pues con el trastorno hacia lo contrario la meta se ha cambiado de activa a pasiva y se presenta el trastorno en cuanto al contenido con la mudanza del amor al odio, exhibiendo una vuelta del sadismo hacia la persona propia. Como consecuencia del cambio en la meta de la pulsión, el sujeto busca un objeto sexual que se ponga en el lugar del sujeto de la acción (que aplique fuerza y dominio), poniéndose él como el objeto sobre el cual recae los imperativos de su sujeto de acción que sería el caso del masoquismo (Restrepo, 2009).

Según lo anterior, Freud encuentra, en todo masoquismo, una posición sádica inicial, y precisa la escena en donde la pulsión traza su camino que inicia (y de forma más temprana) con una meta activa (voyeurista - martirizadora) y pasiva (exhibicionista - mártir) ; evidenciando en la pulsión sadomasoquista, la existencia y confluencia de estas tendencias (pasiva -activa), pero que hay un dejo, una huella particular que se posiciona en relación al objeto, siendo el sadismo el comienzo, pues su meta es activa: el ejercicio de poder (y control)

sobre un objeto y, el masoquismo, con una meta pasiva, permitiendo el retorno de la pulsión, en el lugar inicial, es decir, el cuerpo propio (Rangel, 2010).

Causar dolor no es representativo en las acciones- meta originarias de la pulsión. El infante con rasgos sádicos no considera conscientemente el hecho de ejercer dolor. Sin embargo, una vez realizada la variación al masoquismo, los dolores se disponen a corresponder a metas masoquistas pasivas; pues se percibe que incluso en las sensaciones displacenteras también se produce un estados excitatorios y placenteros, aunque se reconozca lo displacentero del dolor. Una vez que la experiencia sensorial del dolor se ha convertido una meta (carácter masoquista), puede surgir también, de forma regresiva, la meta sádica de causar dolor en otro, hay un goce masoquista en el proceso identificatorio con el objeto sometido que sufre (Freud, 1905).

El psicoanálisis sugiere que en ambos contextos no hay un goce del dolor per se, sino la excitación sexual que le carga y la comodidad que encuentra la figura sádica en esto. El goce encontrado en el dolor corresponde a una meta masoquista; que es únicamente devenida de una posición sádica (Freud. 1905).

Freud volverá sobre este asunto en 1920 *En más allá del principio del placer* y en 1924 en *El problema económico del masoquismo* donde considera la posibilidad de una satisfacción masoquista originaria directa que no hubiera pasado por la vía del sadismo originario. Ahora bien, una vuelta de la pulsión desde el objeto hacia el yo no es en principio otra cosa que la vuelta desde el yo hacia el objeto. En el masoquismo, la vuelta de la pulsión hacia el yo propio, sería entonces, en realidad, un retroceso a una fase anterior de aquella, una regresión. “La exposición que hicimos del masoquismo en aquella época necesitaría ser enmendada en un punto, por demasiado excluyente: podría haber también un masoquismo primario, cosa que en aquel lugar quise poner en entredicho” (Freud, 1920, p. 53) (Restrepo, 2009).

Además, Freud (1924) en el problema económico del masoquismo pasara entonces a distinguir tres formas del masoquismo: masoquismo erógeno, masoquismo femenino y masoquismo moral.

El masoquismo erógeno según Freud y como mencionamos anteriormente “el placer {gusto} de recibir dolor” (se encuentra fundado también en las otras dos formas de

masoquismo) nace de las fantasías infantiles de ser golpeado por el padre, condición a la que se sujeta la excitación sexual, donde la pulsión de destrucción no sale toda si no que queda una parte dentro del sujeto como necesidad de castigo por sentimiento de culpa.

El masoquismo moral se concibe como la búsqueda de padecimiento en respuesta a la culpa que viene al sujeto de parte del superyó, lo que sucede es que el yo reacciona con sentimientos de culpa ante la idea de no estar a la altura a los mandatos del superyó (que toma pautas de las figuras parentales). Se ha atribuido

al superyó la función de conciencia moral y reconocido en el sentimiento de culpa la expresión de una tensión entre el yo y el superyó. “El yo reacciona con sentimientos de culpa (angustia de la conciencia moral) ante la percepción de que no está a la altura de los reclamos que le dirige su ideal, su superyó (Freud, 1924, p.172).

El masoquismo moral se manifiesta a través de la demanda de castigo al superyó, el masoquismo aquí es atribuido al yo y el sadismo al superyó, instancias que se encuentran al fin y al cabo en un mismo sujeto.

En el masoquismo femenino, Freud se remite de nuevo a los hallazgos clínicos de los casos de varones de *Pegan a un niño* (1919), donde argumenta que la posición con respecto a la sexualidad es homologada a una actitud femenina (Ureña, 2010): “es fácil descubrir que ponen a la persona en una situación característica de la feminidad, vale decir, significan ser castrado, ser poseído sexualmente o parir” (Freud, 1924, p. 168).

El psicoanálisis Freudiano desde sus inicios ha sido una disciplina que se encarga de estudiar la psique humana y dentro de esta, el psiquismo de la mujer, en sus diferentes postulados y desde sus primeros estudios Freud muestra inherente curiosidad por esto, que él llama “la prehistoria en la mujer”.

En *Tres ensayos para una teoría sexual*, Freud (1905) señala que en la primera infancia el clítoris es el órgano masculino sustituto del falo, motivo por el cual se cree que todos los miembros poseen este y se evidencia la ausencia de la feminidad.

En el texto *La organización genital infantil*, Freud (1923) resalta la evidente importancia de la primicia fálica en la vida sexual tanto para niños y niñas, dicha primicia fálica lleva al complejo de castración en las niñas, donde ambos niños piensan que ella perdió su falo (percepción de la vagina como carencia de falo), que fue castrado por un mal

comportamiento. El hecho de no tener falo en las mujeres la lleva a una posición de menos precio y horror hacia ella. Se habla de masculino y femenino apenas en cierta parte de la pubertad como consecuencia de la polarización de la sexualidad, lo masculino reúne: sujeto (quien posee al objeto), actividad (rol activo) y posesión del pene y, lo femenino: objeto (al que poseen), pasividad (rol pasivo), vagina como albergue del pene y quien recibe la herencia del vientre (poder tener hijos).

En el texto el sepultamiento del complejo de Edipo, Freud (1924) se consolida su tesis fálica de donde parte los dos caminos (el del hombre y la mujer) que se toman frente al complejo de Edipo. La mujer entra al complejo de Edipo por el complejo de castración donde destituye a la madre como objeto de amor a quien culpa por su falta de pene para dirigirse al padre portador del falo y a quien quiere darle un hijo, creando una ecuación de pene con hijo que devendrá inconsciente en la mujer (Vargas, 2015).

El complejo de castración en la niña puede tener como consecuencia un complejo de masculinidad, el cual consiste en la persistencia en la idea de recibir un pene por la envidia de no tenerlo. En este momento Freud supone que la relación con la madre declina y aparece la femineidad con el abandono de la masturbación fálica que permitirá la satisfacción vaginal (Vargas, 2015).

En su texto *Sobre la sexualidad femenina*, Freud (1931) menciona sobre la ligazón madre-hija como posible consecuencia: que la niña en vez de transitar al padre como objeto de amor, puede permanecer fijada en la elección de la madre de esto, que todas las elecciones de objeto en la vida posterior femenina de la mujer serán heredadas de esa relación originaria.

Freud en ese texto distingue una bisexualidad en la mujer gracias a la doble elección de objeto de amor (madre y luego padre) que luego abre paso a dos vías en su sexualidad una masculina regida por la primicia fálica (clítoris como vía de la satisfacción sexual) y la otra femenina donde aparece la vagina (como vía de la satisfacción sexual) como zona genital rectora de la vida sexual. La mujer puede tomar tres vías diferentes con respecto a estos procesos en su sexualidad (Vargas, 2016):

1. Una renuncia a la sexualidad en general.
2. La retención de la masculinidad.

3. Camino a la feminidad.

Freud llama prehistoria en la mujer a esa relación originaria, prehistoria que comanda su vida sexual y como lo mencionamos anteriormente sus posibles elecciones de objeto de ahí en adelante.

Diseño metodológico.

Enfoque y tipo de estudio.

La presente investigación tiene un enfoque cualitativo, los cuales pueden desarrollar preguntas e hipótesis antes, durante o después de la recolección y el análisis de los datos. Esto sirve, primero, para descubrir las preguntas más importantes de investigación y, en segundo momento, perfeccionarlas y responderlas. La indagatoria dentro de las investigaciones cualitativas se mueve de manera circular en ambos sentidos: entre los hechos y su interpretación (Hernández, 2014).

Esta investigación se propone comprender, a través de la unidad de análisis: *fantasía y masoquismo femenino en los fenómenos de violencia hacia la mujer*, considerando esto una función personal del investigador y en una perspectiva de construcción del conocimiento a través de la estrategia metodológica del estado del arte. Para dar cumplimiento a tal propósito se llevó a cabo una revisión extensa, crítica, analítica y profunda de la bibliografía seleccionada. La monografía se ha centrado en la teoría freudiana, pero con fines de expandir la mirada frente al conocimiento se recurrió a otros autores dentro del mismo eje, sin salirse de las interpretaciones de la obra de Freud que aportaron contenido, forma y visión.

Como estrategia metodológica de investigación documental se empleó la estrategia estado del arte, entendido como la recopilación de resultados de investigaciones de un tema específico, que da cuenta de lo que se ha hecho o no se ha hecho frente al tema, para evidenciar vacíos, repeticiones, recorrido histórico, críticas, nuevas perspectivas, etc. Y, a partir de esto, producir un nuevo marco conceptual a través del enfoque hermenéutico “el arte de interpretar textos en la búsqueda de su verdadero sentido” (Oñate, 2016). De este modo, la hermenéutica puede ser asumida como un método dialéctico que incorpora al texto y el lector en un permanente proceso de apertura y reconocimiento. En este sentido, la hermenéutica y su análisis toma como eje fundamental el proceso de interpretación (Cárcamo, 2005).

La estructura fundamental del método hermenéutico es el “círculo hermenéutico”, metodología importante en las llamadas “ciencias sociales”. Según esta noción la

comprensión de un texto posee una estructura circular en la que el objetivo es acceder al sentido real del texto, sin dejarse llevar por “ocurrencias propias, ni por conceptos populares, posición, previsión o anticipación” (Aránguez, 2016, párr. 9).

Categorías de análisis.

Unidad de análisis.

Relación entre las nociones Freudianas de *fantasía* y *masoquismo femenino*, en la *violencia de pareja hacia la mujer*.

Tabla 1

Unidad de análisis.

Objetivos específicos.	Categorías o variables.	Subcategorías.
1. Conceptualizar causas y efectos la <i>violencia de pareja hacia la mujer</i> .	1. <i>Violencia de pareja hacia la mujer</i> .	1.1 Ideales de género. 1.2 Dupla dominiosumisión. 1.3 Violencia hacia la mujer desde el psicoanálisis freudiano. 1.4 Mirada desde el hombre. 1.5 Mirada desde la mujer.
2. Identificar la función de la noción Freudiana de <i>fantasía</i> .	2. <i>Fantasía en Freud</i> .	2.1. Trauma. 2.2 Sintoma. 2.3 Fantasía. 2.3.1 Fantasía de paliza.
Reconocer la función de la noción Freudiana de <i>masoquismo femenino</i> .	3. <i>Masoquismo Femenino</i> .	3.1 Pulsión. 3.2 Masculinofemenino / Actividadpasividad. 3.3 Masoquismo.

Nota. Tabla que muestra la relación directa de cada objetivo específico con cada categoría y sus subcategorías.

Población.

Para esta revisión documental fueron utilizados 78 textos sobre temáticas de *masoquismo femenino*, *fantasía en Freud* y *violencia de pareja hacia la mujer*, entre ellos:

Tabla 1

Población.

Población	
Libro	20
Textos clásicos de Freud	16
Artículos de revistas académicas	18
Trabajos de grado	4
Artículos académicos /científicos /web	2
Notas de prensas / informes	4
Ponencias	3
Ensayos	2
Páginas web	8

Nota. Listado total de la población.

Las bases de datos utilizadas fueron: psicoanálisis y sociedad, repositorio ucp, pepsic, biblat, repositorio académico universidad de chile, colibrí, repositorio institucional universidad cooperativa de Colombia, redib, acta académica, Google académico, dspace. uces.edu, Dialnet, SciELO, memoria académica, FaHCE UNLP, Rua, sedeci, repositorio PUCE, ProQuest, JSTOR, researchgate, psychoanalytic electronic publishing.

Muestra poblacional.

El material fue elegido a través siguientes criterios de selección: temporalidad, accesibilidad y pertinencia.

En cuanto al criterio de **temporalidad** se eligieron textos de los últimos 15 años, a excepción de los clásicos, particularmente los textos de Freud.

La **accesibilidad** se determinó a través del idioma, en este caso inglés y español, excluyendo textos en otros idiomas; asimismo se consideró como criterio de accesibilidad los textos accesibles a través de las bases de datos de la Universidad Eafit.

Por último, en cuanto al criterio de **pertinencia** se excluyeron los textos que no estaban asociados a la unidad de análisis.

Técnicas de recolección y registro de la información.

Se empleó una matriz bibliografía de Excel que contenía la siguiente información: año, título, autor, número de páginas, palabras claves, enlace, etc, para luego a través del uso de filtros reducir y seleccionar una muestra de 30 artículos de los últimos 15 años con los temas: *Masoquismo femenino, Noción freudiana de fantasía y violencia de pareja hacia la mujer.*

Los 30 documentos muestra, fueron insertados en una matriz de análisis de contenido en Excel que consistió en reseñar lo que decía cada documento textualmente de cada categoría, estas extracciones iban de forma vertical y las categorías de forma horizontal.

Esta forma de recolección y registro de información fue creada y perfeccionada por el grupo de investigación “PSYCONEX”: psicología, psicoanálisis y conexiones de la Universidad de Antioquia.

Plan de análisis.

El plan de análisis siguiendo lo anterior, se dio a través de una lectura lineal que consistió en la revisión consecutiva de la información obtenida de los documentos y una transversal que permitió la comparación de las fuentes, sus contenidos, sus vacíos, sus repeticiones con respecto a las categorías de análisis y en ciertos casos realizando observaciones a través de los memos investigativos, esto permitirá la elaboración de los capítulos de cada categoría (Gómez, Galeano y Jaramillo, 2015).

Además, para lograr el buen desarrollo del estado del arte se llevaron a cabo unas fases, la primera fue la planeación y diseño del proyecto, la segunda la gestión y el análisis de la información y por último la formación y la elaboración, esto con el fin principal de crear marcos teóricos y aportar una episteme. (Gómez, Galeano y Jaramillo, 2015).

Desarrollo del trabajo.

Categoría 1: *Violencia de pareja hacia la mujer.*

La violencia de pareja hacia la mujer es un problema de salud pública que se ha evidenciado a través de los años con cifras que reflejan su aumento. Gracias a las múltiples investigaciones realizadas en torno a esta problemática, se introducen nuevas nociones sobre un fenómeno que es bastante común y que en el 2018-2019 en Colombia estuvo presente.

En el 2019 la OMS informo que aproximadamente una de cada tres mujeres (35%, a nivel mundial) han sido víctimas de violencia física y/o sexual por parte de su pareja o terceros a lo largo de su vida; en los casos predomina la violencia por parte de la pareja. Aproximadamente 30% de las mujeres que han experimentado una relación de pareja narran haber estado sometidas a algún tipo de violencia por parte de su cónyuge en algún momento, el 7% expresa haber padecido algún tipo de agresión por personas distintas a su compañero y el 38% de feminicidios son realizados por el compañero sentimental masculino

Las estimaciones de prevalencia de la violencia de pareja oscilan entre el 23,2% en los países de ingresos altos y el 24,6% en la región del Pacífico Occidental, 37% en la región del Mediterráneo Oriental y el 37,7% en la región de Asia Sudoriental (OMS, 2017, párr,14). Esto muestra que la violencia es un fenómeno a nivel mundial, que reúne a más de un cuarto de la población de estas regiones y según la OMS (2017) aumenta en países de bajos ingresos por la falta de protección legal, políticas públicas, educación, recursos, etc.

En Colombia, según el Instituto de Medicina Legal (2019) por violencia de pareja se han atendido 34183 casos. En los últimos dos años, en Colombia fueron agredidas 202.490 mujeres. Bogotá ocupó el primer lugar con 44.892 casos, seguida de Antioquia con 22.557 hechos, Valle del Cauca reportó 16.075 casos y Cundinamarca 15.643 casos. Entre 2018 y lo corrido del 2019, se registraron en el país 1.595 muertes violentas de mujeres (La FM, 2019).

Para comprender mejor estas cifras y su prevalencia, es necesario, en un primer momento definir la violencia contra la mujer; La Organización para las Naciones Unidas (1993) ONU define la violencia contra la mujer como:

todo acto de violencia de género que resulte, o pueda tener como resultado un daño físico, sexual o psicológico para la mujer, inclusive las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la privada (OMS, 2020, párr.10).

El Ministerio de Salud (2020) de la república de Colombia acoge la definición aportada por la ONU, acuñando la noción de violencia de género; en este sentido, este concepto se vuelve necesario para comprender este tipo de dinámicas violentas hacia la mujer, así:

corresponden a cualquier acción o conducta que se desarrolle a partir de las relaciones de poder asimétricas basadas en el género, que sobrevaloran lo relacionado con lo masculino y subvaloran lo relacionado con lo femenino. Son un problema de salud pública por las graves afectaciones físicas, mentales y emocionales que sufren las víctimas; por la gravedad y magnitud con la que se presentan (Ministerio de Salud, 2020, párr.1).

Entonces la violencia hacia la mujer consistiría en "todo acto de fuerza física o verbal, coerción o privación amenazadora para la vida, dirigida al individuo mujer y niña, que cause daño físico o psicológico, humillación o privación arbitraria de la libertad y que perpetúe la subordinación femenina" (Heise, Pitanguy y Germain, 1994, p. 69).

Los autores coinciden en identificar dentro de la violencia hacia la mujer dos consecuencias principales: el daño físico y psicológico. Estos se pueden dar a raíz de actos que expone Teresa Lartigue de Vives (1998) en su artículo *Edipo y violencia contra la mujer. La internalización de las asimetrías y desigualdades*. La autora detalla acciones como la violación, estupro, mutilación, homicidio, segregación, discriminación, hostigamiento sexual, hostigamiento psicológico, abuso sexual y/o incesto; abuso físico; abuso verbal o moral; explotación, severa indiferencia, descuido o abandono, además la interrupción voluntaria de embarazos femeninos. etc.

La violencia hacia la mujer comprende muchas áreas: de género, económica, doméstica, intrafamiliar, interpersonal, de pareja. En este capítulo nos centraremos en la última, que se caracteriza por la subordinación femenina a través de los abusos psicológicos y físicos por parte de su actual pareja o su expareja.

Ideales de género.

Para poder conceptualizar este tipo de violencia nos remitiremos a una serie de autores que basan sus argumentos principalmente en los ideales de género que se han designado a

hombres y mujeres a lo largo de los tiempos y la dupla sumisión-dominación como un fenómeno bastante notorio en las dinámicas de violencia de pareja hacia la mujer.

La mujer ha sido enmarcada en una triada, mujer=madre=naturaleza, y toda aquella que cuestione dicha triada o se salga de la misma se verá como fuera del orden establecido, normal y natural (Lulch, 2014). Considerando lo anterior, cabría preguntarse si estos ideales atribuidos a las mujeres y a los hombres se han replicado en la sociedad a lo largo de los tiempos y cómo se ven reflejados en el mundo contemporáneo.

Al respecto, a raíz de la revolución industrial sobrevino la idea de familia nuclear, y con ella los roles socialmente asignados para hombres y mujeres. La subjetividad de las mujeres se centró en los roles de ama de casa y familiares, limitando así su lugar y papel en la sociedad. Muchas afirmaciones en torno a la feminidad se basaron en ideas que giraban en torno al ideal femenino, el cual derivó de los roles tradicionales de esposa y madre (Burin, 1996; Levinton, 1999).

Al respecto Burin desde una perspectiva psicoanalítica (1996) señala:

Así se fueron configurando ciertos roles de género específicamente femeninos: el rol maternal, el rol de esposa, el rol de ama de casa. Estos roles suponían condiciones afectivas a su vez específicas para poder desempeñarlos con eficacia: para el rol de esposa, la docilidad, la comprensión, la generosidad; para el rol maternal, el amor, el altruismo, la capacidad de contención emocional, y para el rol de ama de casa, la disposición sumisa para servir (servilismo), la receptividad y ciertos modos inhibidos, controlables y aceptables de agresividad y dominación para dirigir la vida doméstica (p.72).

Lo que los autores muestran es que esta configuración de los roles delimita un lugar que la mujer de ocupar con respecto al hombre, configurado por la norma del ideal de género. Según Rita Segato (2003), desde una perspectiva sociológica, lo anterior sería el intento de adaptar a la mujer a una posición que le es atribuida en el sistema como subordinada. En ese sentido la violencia actúa como un mecanismo de perpetuación de esa subordinación:

Ese efecto violento resulta del mandato moral y moralizador de reducir y aprisionar a la mujer en su posición subordinada, por todos los medios posibles, recurriendo a la violencia sexual, psicológica y física, o manteniendo la violencia estructural en el orden social y económico (Segato, 2003, p. 15).

Segato notó que la intencionalidad de tales formas de actos violentos se asociaba con la apropiación del poder que, se supone, posee el hombre sobre “la subordinada” (Ayala, 2019).

En un estudio realizado por la autora María Ignacia Godoy Hellwig desde una perspectiva psicoanalítica (2014), publicado en su artículo *El goce femenino en las relaciones amorosas violentas*, fueron entrevistadas mujeres que sufrieron violencia. Lo encontrado se relaciona con lo planteado por los autores que hemos revisado hasta ahora en cuanto a las posiciones que adquieren mujeres y hombres en relación con las características atribuidas a su género. En el discurso de la mayoría de entrevistadas aparecen los roles de género más conservadores del occidente contemporáneo, como el hombre proveedor, “caballero”, conquistador, “envolvente”; es decir, el estereotipo del “príncipe”, el que conjuntamente comporta otras características, como ser celoso, controlador, fuerte, dominante y violento (Godoy, 2014). Este ideal masculino es sostenido por las mujeres entrevistadas. Como contraparte, el ideal femenino está representado por la madre, la dueña de casa, la buena mujer y, sobre todo, la conquistada por él.

Esta posición percibida por los autores va muy de la mano con lo que planteaba Freud acerca de la articulación entre la pasividad, la maternidad y lo femenino. Según Freud (1931) la aceptación por parte de la mujer de ser objeto y renunciar a la agencia sexual es lo que promueve totalmente la feminidad. Aun hoy lo femenino se sigue identificando con la pasividad, con ser objeto de deseo y no poseer deseo propio. A esta pasividad de las mujeres se la debe asociar también a la gran influencia de las normas sociales, las cuales alientan en la mujer actitudes pasivas (Freud, 1933; Benjamín, 1996).

Este hecho puede ser un factor de vulnerabilidad frente a la violencia que recibe la mujer por parte de su pareja. Por ejemplo, los ideales de género como el rol asignado a la mujer como madre han tenido efectos en su subjetividad, dando lugar en la misma a representaciones tales como: estar disponible para otros, ser para los demás y, si es necesario, postergar sus deseos, lo que conlleva un gran costo psíquico. Cada mujer hace propios estos ideales establecidos por la sociedad de forma particular, pasándolos por el filtro de su experiencia vital.

Estos roles de género se llegan a interiorizar como normales y cotidianos en las personas. Hirigoyen (2012) desde la perspectiva del conflicto familiar que surge en USA en 1970, coincide con lo expuesto por Segato al inicio de este capítulo, por lo general, las mujeres siempre ocupan un lugar de inferioridad en la sociedad, lo cual favorece que muchas de ellas

presenten gran dificultad a la hora de abandonar a un cónyuge violento, puesto que han interiorizado “el hombre dominante y violento, la mujer sumisa que hace todo por su hogar”, lo cual le asigna un estatus frente a su pareja violenta. Al respecto, plantea que “Estas violencias no serían posible si el sistema social no hubiera instalado ya sus condiciones objetivas” (Hirigoyen, 2012 p. 58)

Como Abelin Sas (1996) plantea desde una perspectiva psicoanalítica, muchas mujeres generalmente viven situaciones cotidianas de incompreensión, malhumor y agresión por parte de sus parejas. Presentan autocrítica, así como también se sienten culpables y con responsabilidad por la actuación de su compañero. Estos aspectos se refieren al concepto subyacente que ellas tienen de su rol como mujer. Por lo tanto, las mujeres deben tener la capacidad de contener su ira, deseo de venganza y asimismo los ataques de ira de su pareja. Esta autora propone que quienes viven estas situaciones de violencia se dicen a sí mismas con respecto a su pareja que deben tratar de “justificar su malhumor, de “entenderlo” al mismo tiempo que intenta hacerlo entrar en razón” (Abelin Sas, 1996, p. 37).

Es posible entender que dicho sufrimiento padecido por algunas mujeres podría relacionarse con los ideales maternos que se les inculcan desde la infancia. Es posible, además, que estas mujeres tengan como componente de su subjetividad, una necesidad de sacrificio en busca del bienestar de los otros, lo cual les da gratificación narcisista cuando sienten que han ayudado y que están a disposición de otros (Allegue, Carril, Kohen y Tejería, 2014).

García y Rojas (2015) desde el psicoanálisis freudiano afirman que las muestras de afecto, cuando las hay, tienden a encubrir la tensión existente en la pareja. Hay mujeres que, ubicadas en esta posición, evitan las confrontaciones y se mantienen en silencio, ya que tienen la sensación de que las palabras no cambiarán nada. Adaptan sus valores a los de su compañero, aunque mantienen su propio sistema de valores fuera de la relación conyugal. Por lo general, entregan la responsabilidad de la economía familiar al hombre y presentan un gran miedo ante la separación, puesto que no se ven lo suficientemente atractivas o femeninas, sintiéndose avergonzadas por no tener un compañero, o traidoras con sus propios ideales. Al respecto, Abelin Sas (1996) sostiene: “Teme no haber hecho lo suficiente para ayudar a su compañero a resolver su alejamiento emocional, su depresión o su ideación

paranoide, y por esa razón no ser objeto de amor” (p. 38). Se ubican en una situación sin salida, con un hombre al que aman pero que al mismo tiempo las hacen sentir intimidadas; intentando satisfacerlo, destinan gran parte de su energía. Las mujeres que se encuentran en este tipo de relación renuncian a su libertad como sinónimo de amor, se vuelven vulnerables y dejan en manos de su compañero la regulación de su autoestima (García y Rojas, 2015).

Jean Baker Miller (1992), con base en sus estudios del sí mismo femenino en psicología, concuerda con Abelin Sas en que la tendencia femenina generalizada es asignar una importancia central para su proyecto de vida a los vínculos de intimidad. La asignación tradicional de las mujeres al ámbito de la familia, el hecho de que su estatuto social dependió durante siglos de la alianza conyugal y aún depende en muchos casos de esta, y la práctica de la maternidad, han transformado a la mayor parte de las mujeres en seres que privilegian las relaciones interpersonales.

La feminista y psicoanalista Luce Irrigay (1994) realizó un estudio sobre la búsqueda empática de las mujeres hacia los hombres cuando se presenta la interacción y comunicación verbal. Aunque, generalmente no hay una respuesta positiva. El malestar masculino está vinculado esencialmente en la autoimagen, en la vía a asemejarse con el ideal de género propio.

Cuando las mujeres se dirigen a los hombres, no hay una claridad si es producto de la disposición empática superior que se contiene en el género femenino o por ese ideal de realización narcisista que ha sido delegado culturalmente. Sin embargo, cualquiera que sea el motivo, la dependencia vincular posiciona una condición vulnerable frente a la violencia, porque una ruptura sentimental es una representación también de una pérdida capital. de lo anterior se puede entender que el concepto de feminidad tradicional condiciona en un lugar vulnerable a la mujer en respuesta a la violencia (Meler 2005).

Dupla dominio – sumisión.

El segundo argumento que desarrollaremos explora cómo los ideales de género determinan la equivalencia entre hombre y dominio, y entre mujer y sumisión. Las posiciones según el género promueven vínculos entre hombres y mujeres en las que, sobre la base de la

diferencia sexual simbólica, estimulan la asunción de actitudes de dominio y sumisión al servicio de ilusiones de protección (Meler, 2005).

Según Allegue, Carril, Kohen y Tejería (2014) autores con perspectiva psicoanalítica, la violencia “implica el dominio de un ser humano sobre otro, sustentado sobre una indiscriminación ilusoria, que reniega de toda diferencia, desconsidera al sujeto y tiende a anular la singularidad de este” (p. 61). En el caso de violencia de pareja hacia la mujer, el dominio es aplicado por la pareja hombre sobre la mujer gracias a la ilusión que crean los ideales de género en la psique humana, sobre el papel de la mujer y el hombre, creyéndose este último superior, considerando a la mujer como inferior y violentándola a tal punto de anularla como ser humano independiente, único y diferente.

El dominio es uno de los principales componentes de los fenómenos de violencia de pareja hacia la mujer. De acuerdo con Bourdieu (2003), las estructuras de dominación son el resultado de un trabajo continuo de reproducción, al que favorecen unos agentes singulares e instituciones dentro de la sociedad tales como el Estado, la Familia, la Iglesia y la Escuela. Al respecto, Bourdieu desde una perspectiva sociológica señala que:

El efecto de la dominación simbólica (...) no se produce en la lógica pura de las conciencias concedoras, sino a través de los esquemas de percepción, de apreciación y de acción que constituyen los hábitos y que sustentan una relación de conocimiento profundamente oscura para ella misma. (...) la lógica paradójica de la dominación masculina y de la sumisión femenina (...) es espontánea e impetuosa, solo se entiende si se verifican unos efectos duraderos que el orden social ejerce sobre las mujeres (...). (2003, p. 54)

Si analizamos, en la actualidad el Estado es uno de los mayores promotores de estos ideales de género. Según el comunicado de prensa del Banco Mundial (2018) *más de mil millones de mujer carecen de protección legal contra la violencia doméstica y sexual*, allí, se evidencian las posibilidades y los cargos de trabajo que tienen las mujeres en comparación con los hombres, así como la gran diferencia salarial que aún es frecuente, la violencia perpetúa el ausentismo laboral, lo que reduce la productividad y las ganancias. La familia promueve y educa desde los ideales patriarcales de la sociedad a las mujeres (Landeró, 2003) para ser en gran parte domésticas, esto es, entregadas al hogar, ser madres, cuidadoras, lo que trae como consecuencia la deserción escolar de las niñas y jóvenes. En el caso de los hombres se les inculca el mandato y opresión a las “inferiores”. Del mismo modo, la iglesia tiene ideales referidos al hombre como cabeza del hogar y la mujer que debe serle fiel y obediente;

y, en la academia podemos ver la opresión en las disciplinas que comúnmente no son estudiadas por mujeres, como las ingenierías, arquitectura, entre otras. Hasta el punto de presionar a las mujeres para que abandonen los estudios evitando posibles abusos.

La dominación es el resultado evidente de estas dinámicas y es un proceso que, como explica María del Carmen Lluch (2014) desde una perspectiva de género en su artículo *Violencia y subjetividad femenina*, se desarrolla en dos tiempos. La primera fase es la de seducción, donde el hombre se muestra como un príncipe encantado. El amor parece ser intenso, y el hombre realiza una seducción narcisista donde su fin radica en fascinar al otro, paralizándolo al mismo tiempo. Esta fase se puede entender como de preparación psicológica para la sumisión. Aquí el hombre neutraliza los deseos de su compañera, transformándola en un objeto. Intenta someterla y mantenerla a su disposición (Díaz, 2011, Hirigoyen, 2012). En estos casos el que ejerce violencia, sabe detectar en el otro su vulnerabilidad, lo que le permitirá iniciar un proceso de dominio.

La segunda fase es la de destrucción, la cual se logra a través de persuasión, manipulación, coerción (Hirigoyen, 2012). Aquí ya se accede al objeto violentamente y de forma abusiva. En la mayoría de los casos los dominados suelen contribuir con su dominación, aceptando los límites que se les imponen, adoptando la forma de emociones corporales, como por ejemplo culpa, vergüenza, humillación, o tomando la forma de pasiones y sentimientos, tales como amor, respeto y admiración (Lluch, 2014).

El otro componente de esta dupla es la sumisión. Puede ser entendido como una gama de fenómenos que ocurren cotidianamente en las mujeres dentro de estas dinámicas, tales como la angustia experimentada frente al otro, la mirada atenta ante los gestos del otro, lo que dice, su tono de voz, expresión en la cara y la inhibición para expresarse. Esto no permite que la persona sea tal cual es, ya que siempre está pendiente del otro, examinándolo para verificar si está conforme o no con su forma de actuar. Esta sumisión no permite que quien la padece pueda desear, pensar o sentir por sí misma. Esto provoca que el sujeto se sienta digno de ser querido o no, de acuerdo con lo que el otro le demuestra, sin tener en cuenta que eso solo indica lo que el otro siente (Lluch, 2014).

Generalmente, desde el inicio de una relación donde la violencia es moneda corriente, se han ido eliminando las defensas de la mujer. La violencia va adentrándose a través de

microviolencias, como las llama Hirigoyen (2012). Estas son una serie de palabras descalificadoras, ataques verbales o no, los cuales se convierten en acoso moral, en donde la mujer no puede reaccionar (Lunch, 2014).

De a poco la mujer irá perdiendo su espíritu crítico, su compañero comenzará con una violencia identificable y todo esto parecerá normal, hasta llegar al punto donde la mujer pierde la confianza en sí misma (Lunch, 2014). Este tipo de dinámicas tiene como fin principal, además del daño físico y psicológico, reafirmar en palabras más, palabras menos, “quién manda y quién se aguanta”.

Como consecuencia de esto las mujeres pueden vivir durante años con la pareja violenta, terminan aceptando la situación y adaptándose al modelo dominio-sumisión. Esto resulta una protección eficaz para las mismas, ya que esto impide que sus compañeros reaccionen de manera violenta, lo que las pondría en peligro. Al mismo tiempo comienzan a perder su autoestima, seguridad y día a día se vuelven más vulnerables y débiles. Estas terminan adaptándose a esa forma de vivir y la violencia, como lo expusimos anteriormente, se normaliza y ya no las toma por sorpresa.

Violencia hacia la mujer, un acercamiento desde el psicoanálisis freudiano.

Para conceptualizar los ideales de género conviene remitirse a lo que menciona Freud, pues el complejo de Edipo sucumbe a la amenaza de castración en el varón y a una castración ya consumada en el caso de la mujer (Freud, 1925, p. 2901-02). La castración vale aclarar, no se reduce netamente al órgano, esta representa también perder el amor del objeto amado en este caso madre/padre, situación que quedara como un representante en las pérdidas o separaciones de la experiencia cotidiana. Además de esto, la castración se convierte en un eco de castigo del superyó, quien deviene padre apersonal (Freud, 1926 [1925]).

Por eso me atengo a la conjetura de que la angustia de muerte debe concebirse como un análogo de la angustia de castración, y que la situación frente a la cual el yo reacciona es la de ser abandonado por el superyó protector (Freud, 1926 [1995], p.123).

En los hombres, el complejo de castración consiste en la amenaza de la mutilación de su pene en comparación con la mujer como resultado del momento del desarrollo sexual

donde el niño supone que todos tienen pene y al ver el genital de la niña, evidencia que no está, primero asume que crecerá y luego que fue mutilado (Freud, 1923).

Dicho complejo puede generar dos reacciones: la primera es de horror frente a la criatura mutilada; la segunda es de menosprecio triunfalista hacia ella -el machismo por ejemplo estaría conectado con esa segunda- y si éste menosprecio es muy intenso puede darse una disposición a la homosexualidad (Freud, 1923). Es importante mencionar que, según Sarah Kofman autora de enfoque psicoanalítico (1982), estas "reacciones pueden fijarse y luego por separado reunirse, o bien conjugadas con otros factores, determinar su relación con la mujer" (2019). En este punto la autora discute que el rechazo no es hacia lo femenino, sino que en realidad lo rechazado es la castración. No obstante, si nos remitimos directamente a la teoría freudiana la castración es uno de los factores más relevantes dentro de la construcción de la mujer y la feminidad. Por ende, no es posible entender la mujer y la feminidad sin el concepto base de castración.

Esta posición de "falta con respecto al falo" en algunos casos ubica a la mujer en una posición subordinada frente al hombre, que alimentará estos ideales de género. En este orden, las conductas agresivas y violentas contra las mujeres pueden entenderse como una representación escenificada del varón en la búsqueda de una identidad viril, pues concibe a la mujer como parte de sí, su parte "femenina" (Racker, 1997), o sus características femeninas esenciales que ellos tanto rechazan como consecuencia del complejo de castración (Winnicott, 1965) y los ideales culturales. En última instancia, se trata de la externalización de una lucha intrapsíquica.

Si se parte de que todos los seres humanos poseen falo, se podría decir, en otras palabras, retomando a Meler desde la perspectiva del psicoanálisis lacaniano (1998), que la cultura tiene como base un falocentrismo que promueve un ideal femenino planteado desde la carencia, expresado en un lenguaje que solo puede nombrar lo masculino. Algo similar se plantea al inicio del capítulo; un punto de encuentro entre los autores es que la sociedad y la cultura son masculinas por defecto.

Un ejemplo lo plantea Ferenczi (citado por Meler, 2005), quien mencionó que el hecho que las mujeres asuman una responsabilidad reproductiva superior corresponde a una "derrota prehistórica" que ha vivenciado el género. Pese a la dimensión surrealista de esta

expresión, que, además, fue reconocida por Freud (1933), puede facilitar la comprensión de la lógica fálico-narcisista que se ha instaurado como síntoma en las diferentes representaciones culturales (Meler, 2005). Nuevamente la autora María Ignacia Godoy Hellwig (2014) nombra la castración como el término más exacto y puntual de la condición de las mujeres en los ámbitos público y privado dentro de la sociedad como opresión, subordinación o cultura de la inferioridad femenina. Se propone entonces hablar de castración psíquica, física y social de la mujer, para hablar de la violencia de pareja hacia ella, y, en general, de la violencia hacia el género femenino.

Mirada desde el hombre.

Otros autores intentan buscar una línea distinta para explicar el fenómeno de violencia de pareja hacia la mujer. Uno de estos es Robert Stoller (1968, citado por Chodorow, 1984), quien afirma que la crianza materna genera condiciones intersubjetivas diferenciales para niñas y varones. Tanto niños y niñas inician su recuento vital con la identificación materna primaria, que posteriormente desemboca en un producto “feminizante” agradable para las niñas y rehuido por los niños. (Meler, 2005). Aunque los niños no tengan ninguna representación innata de la diferencia sexual, las madres, que son adultas y han sido influidas por la definición sexual de sus bebés, tienden a tratar a las niñas como semejantes y a estimular una relación de fusión, de ser a ser. Vale aclarar que este autor es de 1968, en la actualidad los componentes de masculinidad y feminidad se han puesto en discusión dejando la conclusión que dichos componentes se pueden encontrar tanto en hombres como una mujer y es completamente válido.

Por el contrario, ellas experimentan a sus bebés varones como distintos y su vínculo se carga de connotaciones eróticas virtuales, ya que pertenecen al colectivo que agrupa a sus objetos de deseo: los hombres. Se produce en los varones un proceso que Ralph Greenson (1995, citado por Meler, 2005) ha descrito como “desidentificación con respecto de la madre”, donde la primera identificación feminizante es desechada y en algún sentido repudiada precozmente. Los niños son también estimulados hacia la temprana identificación masculina por sus padres, que se ofrecen como modelos. La masculinidad así construida de forma precoz y reactiva conserva como impronta la necesidad reiterada de reafirmar la

identidad diferenciándose de las mujeres. No ser mujer, no ser afeminado y no ser débil como los niños pequeños, son preocupaciones frecuentes entre los varones.

Aunque el planteamiento de Robert Stoller se ha transformado a través del tiempo y la época, Stoller reconoce el alto grado de preocupación y repudio la feminidad. No se puede negar que la violencia infligida por el hombre hacia la mujer es el “repudio a su feminidad”, esta busca mediante cualquier salida reafirmar la identidad diferenciándose de las mujeres, hecho al cual se le puede agregar los fuertes ideales de género que impulsan aún más el violentamiento a la diferencia. Esto para dar cuenta que los autores indirectamente pueden estar yendo en la misma línea y partiendo de los mismos orígenes desde diferentes interpretaciones.

Retomando de nuevo a María Ignacia Godoy (2014), quien propone una línea de indagación distinta. Para ella, los episodios de violencia ya sean físicos, psicológicos, sexuales o económicos, son significados como dolorosos errores de parte de sus maridos. La violencia es lo que se soporta para cumplir con ciertos ideales, estragando a la mujer en el camino. Cuando se habla de estrago, nos referimos a un concepto lacaniano que hace referencia a los efectos del deseo del otro en el sujeto. Entonces el amor, siempre en conexión con el deseo que es deseo del otro, causa estragos en el sujeto femenino (Lacan, 1992), ya que las mujeres, según Laurent (citado por Godoy, 2014)

se encuentran protegidas de la amenaza de castración y por eso pueden ir más lejos que los hombres en los caminos de la devoción al amor; por eso Lacan prefiere el término «estrago» (ravage) que, en su momento, un hombre puede ejercer sobre una mujer al término "masoquismo". No es porque las mujeres son masoquistas, sino porque, al no estar ese límite, esa barrera de la amenaza de castración, pueden ser mucho más decididas para poner de sí mismas, para poner su cuerpo y alcanzar el punto en que se aseguran el goce del Otro. (1999, p. 70)

Entonces es posible soportar muchos tipos de maltratos para serlo todo para un hombre, no porque esos malos tratos les impidan ser ellas mismas, sino porque son condiciones para llegar a cumplir con un ideal superyoico. No es una esencia masoquista la que impulsa a estar en una relación amorosa violenta, sino que la violencia soportada es el estrago que causa en las mujeres asegurar el goce del otro en una relación amorosa que, como sabemos, es también su goce (Godoy, 2014).

Observamos en los anteriores planteamientos una mirada más lacaniana respecto al tema. Sin embargo, está presente la idea freudiana de “la mujer como objeto de deseo” puesto al servicio del otro, lo que inevitablemente nos lleva de nuevo a los ideales del género.

Mirada desde la mujer.

En la revisión, se evidencia que algunos autores atribuyen la causalidad de este fenómeno de violencia de pareja hacia la mujer a la existencia de otros factores que podrían entenderse como patologías de la personalidad como resultado de las experiencias traumáticas que pueden afectar un área particular de la mujer o campos más amplios. A continuación, retomaremos a Díaz (2011), Hirigoyen (2012) que proponen varias causales basadas en la responsabilidad concepto distinto a la culpabilidad, Estada (2011), Meler (1997, 2005) y a Benjamín (1996).

Varios de estos autores coinciden en la idea de que detrás de las relaciones de violencia, de las cuales la mujer no puede salir, se encuentra un trauma pasado que puede preparar el terreno para una relación de violencia. Por ejemplo, Díaz (2011) e Hirigoyen (2012) consideran que detrás de la figura de perseguidor actual se encuentra oculto un perseguidor de la infancia. De hecho, desde la teoría psicoanalítica la violencia hacia la mujer puede ser concebida como un trauma, como un evento abrumador en sí y también como la consecuencia mental de ese hecho.

Díaz (2011) considera que el trauma puede ser, por ejemplo, producto de un abuso sexual infantil en la mujer que se asocia a distintas patologías en la vida adulta. Una de ellas se refiere a las mujeres que quedan atrapadas en relaciones de violencia de pareja. Esta autora plantea que, si dicho abuso fue grave, en especial si el abusador fue un familiar y durante un tiempo prolongado, puede generar comportamientos autodestructivos en la víctima, ya sean intrasubjetivos o intersubjetivos, donde prevalecerá la tendencia a vincularse con otro que maltrata tanto física como psicológicamente. En estos casos generalmente, un enemigo se encuentra dentro de la mujer, el cual solo es aplacado cuando se tiene enemigos fuera, siendo esto uno de los factores que inciden en la vulnerabilidad ante el maltrato. Cabe aclarar que no se busca determinar una regla general sobre el abuso sexual y la violencia, es solo que esto se ha evidenciado en algunos casos.

Díaz (2011) e Hirigoyen (2012) plantean que en las situaciones de violencia de pareja lo que emerge son mecanismos de repetición que reproducen el modelo de pareja observado en la infancia. Lo cual no se puede dejar de tomar en cuenta, puesto que en contextos de violencia, principalmente cuando es el hombre quien la ejerce sobre la mujer, es posible que los niños de esa familia sigan esos modelos que se les presentan a partir del aprendizaje de esas conductas. Probablemente si se es un niño varón se irá internalizando la idea de hombre, como el que tiene el poder de hacer lo que quiere sin importar los medios. Y contrario a esto, si se es una niña, probablemente terminará en su vida adulta siendo víctima de un hombre violento (Díaz 2011; Hirigoyen 2012).

Es importante mencionar ciertos abordajes en cuanto a la responsabilidad en este tipo de fenómenos que retoman los autores. Vale la pena aquí retomar a Martha Elisa García Sifuentes y María del Carmen Rojas Hernández (2015) quienes proponen en su artículo *Las posibilidades de una intervención clínica con mujeres maltratadas: estatuto de víctima y fantasía masoquista* que las mujeres maltratadas también pueden estar siendo víctimas de su propia posición subjetiva.

Aunado a esto, Estada (2011) en el *capítulo 5 Clínica de la bella y la bestia de la Asociación Análisis Freudiano* citado por García y Rojas (2015), asevera que si una persona se presenta como "soy mujer víctima de maltrato" o "soy niño víctima de abusos", es porque se identifica (p. 55). La palabra "víctima" crea una especie de identidad de la cual la propia persona no se puede separar de la palabra: "víctima de maltrato", esto impide el cuestionamiento del maltrato como una circunstancia que puede ser modificada. En otras palabras, lo que sucede es que algo que es del orden de estar, se convierta en algo del orden del ser (p. 55). El estatuto del ser contribuirá para que sea más difícil abandonar con lo que se identifica ocasionando que se aferra a ello, ya que posiblemente sienta que le da un lugar en lo social como objeto, anulándolo como sujeto, imponiéndole una configuración simbólica que no es propia, lo cual también involucra maltrato (García y Rojas, 2015).

En el artículo de Martha Elisa García Sifuentes y María del Carmen Rojas Hernández (2015) ya mencionado, se presenta el caso de Nadia, una mujer abogada que sufrió violencia por parte de su marido con el que se encuentra casada hace 22 años y con quien tiene 3 hijos. En su discurso podemos evidenciar lo mencionado en la anterior idea:

N: Vengo porque yo vine hace un año y medio y aquí me siento bien, yo aquí entendí que soy víctima de violencia, y que lo que hace mi marido no está bien... Aquí me dijeron que está mal que él me diga qué hacer, que no me deje salir, que no me deje trabajar, que me hable con groserías. Yo no sabía que eso estaba mal (2015, párr. 27).

García y Rojas (2015) proponen que es posible que este estatuto de "mujer víctima de violencia" contribuya a confirmar la convicción de que "Todo es una catástrofe y nada va a mejorar si él no cambia". Freud (1916) explica esta posición del sujeto como: "se colocan como seres que han sufrido y se han privado bastante que tienen derecho a que se los excuse de ulteriores requerimientos" (p. 320). Bajo la idea de sujeto excepcionales y que han sufrido mucho estos individuos "reclaman privilegios sobre los demás". El discurso de Nadia, la paciente mencionada por García y Rojas (2015), deja entrever rastros de esa posición de excepcionalidad, pues es su marido quien debe cambiar para que todo mejore. Para ella no hay exigencias, puesto que es la víctima:

Pero ¿yo qué hago? Si es él el que está mal y él no cambia ¿Yo qué puedo hacer si le digo que no me trate así, ¿qué...? Lo que me dicen aquí que no está bien que me hable así (García y Rojas, 2015, párr. 30).

En su trabajo, Meler (1997) plantea una hipótesis desde una perspectiva intersubjetiva donde enfatiza la importancia de los vínculos. Esta idea encuentra convincente la propuesta de Jessica Benjamín (1996), quien, desde una postura más lacaniana, percibe el sometimiento como producto de un objeto idealizado que pretende apropiarse de ese poder absoluto que también es aspiración de las mujeres. El goce es producto del proceso identificatorio con el Amo y del sistema lógico patriarcal, esto se refiere (Meler, 2005). El goce (satisfacción pulsional) nace a partir de la identificación con el padre, la cual se asocia directamente con el pensamiento patriarcal que la cultura asume, normaliza y replica. Por ende, se goza bajo este supuesto de sumisión femenina e idealización masculina.

Es necesario refinar esa hipótesis intersubjetiva, destacando que la figura idealizada que "funciona como Modelo para el ser, presenta las características de un Yo ideal, o sea, un sujeto que goza de modo irrestricto, ilimitado" (Meler, 2005, p. 2), el hombre, por el contrario de las mujeres que por su condición de objeto y "falta" deben reprimir su placer. En las dinámicas de violencia existe un goce por identificación con el abusador, que representa el ideal. En estos casos, el ser reconocido como objeto de deseo de un hombre prestigioso, tiene una carga simbólica muy importante; aunque el varón transforma a la mujer que le acompaña

en un objeto para desplegar su agresión. En una interpretación Freudiana, Benjamí (1996) vincula la idealización del hombre con un conflicto en el desarrollo femenino en donde se posiciona al padre (figura masculina) como sujeto de deseo y autónomo. Idealización que influye significativamente en el proceso de estructuración de la autonomía y potencializa la dependencia con el sujeto que se percibe, tiene el poder, tal como el padre. Y, que en correspondencia, se asemeja a la cuestión de la mujer que no consigue desplegar de forma autónoma (Meler, 2005).

A forma de conclusión, los conceptos de género (masculino y femenino) como un sistema han favorecido culturalmente el poder y la representación de este al género masculino y, adicionalmente, han potencializado y estructurado la dependencia femenina frente a los hombres que se enmarcan en esa idealización que ha sido instaurada. El ejercicio violento contra la mujer es entonces una expresión de dominación y riesgo, cuestión que afecta el asertividad de la mujer (Meler, 2005).

La mayoría de los autores basan sus explicaciones en los ideales de género y además de esto hacen una apuesta para conceptualizar la violencia de pareja hacia la mujer a través del psicoanálisis. Por eso a continuación retomaremos un término que puede tener una amplia relación en la explicación de estos fenómenos: la noción freudiana de *fantasía*.

Categoría 2: *Fantasía* en Freud.

A continuación, analizaremos otra de las categorías que permiten la comprensión del fenómeno de violencia de pareja hacia la mujer expuesto en el capítulo anterior. Esta es la noción freudiana de *fantasía*, en este apartado se realizará un recorrido por los conceptos que Freud uso para llegar al de *fantasía*.

Es pertinente iniciar con la definición de fantasía, en el *Diccionario de Psicoanálisis* de Chemama, se indica que la fantasía es para Freud “una representación, guion escénico imaginario, consciente (ensoñación), preconsciente o inconsciente, que implica a uno o a varios personajes y que pone en escena de manera más o menos disfrazada un deseo” (Chemama, 1998, p. 157).

La noción de fantasía surge, en la obra freudiana, articulada principalmente a los conceptos de trauma y síntoma. Por lo tanto, es necesario partir de la revisión de dichas nociones.

Trauma.

El trauma es conceptualizado en términos económicos. *En las Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-1917), Freud propone la siguiente definición: “llamamos así a una experiencia vivida que aporta, en poco tiempo, un aumento tan grande de excitación a la vida psíquica que fracasa, lo que inevitablemente da lugar a trastornos duraderos en el funcionamiento energético” (p.98).

Partiendo de esto se formula el aparato psíquico, como un aparato energético regido por un principio, según el cual se tiende a mantener la energía en un mínimo constante. Todo aquello que se opone a dicha tendencia se constituye como un exceso que irrumpe, que desborda, dando lugar al trauma. La pulsión sexual para cada ser hablante puede ser causante del trauma, en tanto produce, ya en la infancia, un aumento de energía en el cuerpo que no puede tramitarse ni por la vía asociativa -es decir, por vía de la palabra-, ni por la vía motriz (Ballesteros y Suárez, 2019).

Es importante distinguir una noción dentro del concepto trauma, conocida como la escena traumática, que se configura como un primer tratamiento del trauma. Es decir que cuando un sujeto puede ligar lo traumático a través de la palabra, nombrarlo y articularlo en

una escena, hay ahí una operación, un intento de elaboración de lo que en un comienzo fue sólo una excitación desbordante (Ballesteros y Suárez, 2019).

Lo anterior concuerda con lo que Freud (1908) planteaba sobre la fantasía como defensa ante lo traumático, ante lo pulsional que irrumpe. El niño agrega a la pulsión sexual traumática una escena en la que hay otro que sería responsable de esa irrupción de energía sexual. La fantasía es un modo de ligar, de articular a una imagen y a las palabras esa energía que, si no, desborda y rompe el aparato psíquico. Esto es crucial, en tanto el autoerotismo y las pulsiones que carecen de objeto. Entonces, si bien no hay un objeto natural y predeterminado para la pulsión humana, el armado de la fantasía aporta un objeto que se constituye como fijo e inamovible (Ballesteros y Suárez, 2019).

Síntoma.

Para adentrarnos a la estructura del síntoma es crucial que se entienda la relación entre el trauma y la fantasía. Freud sostiene que “el acto masturbador (o en su más amplio sentido onanista), se dividía para entonces en dos partes: la evocación de fantasía y llegada ésta a su punto culminante los manejos activos conducentes a la satisfacción sexual [...]” (Freud, 1906, p. 270). Es decir que, originariamente, la acción era autoerótica destinada para ganar placer en determinado lugar del cuerpo llamado erógeno. Más tarde, esa acción se fusionó con una representación deseo vinculada a un objeto. La fantasía es, entonces, una soldadura de dos campos heterogéneos. Por una parte, la satisfacción autoerótica, circunscrita a una zona erógena que recorta un borde en relación con los objetos parciales de la pulsión. Y por otra, las representaciones de deseo en torno al amor de objeto, cuyo devenir constituye la trama edípica (Ballesteros y Suárez, 2019).

Cuando el individuo renuncia a este orden de satisfacción masturbación fantástica queda abandonada la acción, pero la fantasía pasa de ser consciente a ser inconsciente y cuando la satisfacción sexual abandonada (masturbación) no es sustituida por otra distinta, observando el sujeto una total abstinencia [...] cuando todo esto se une, quedan cumplidas las condiciones necesarias para que la fantasía inconsciente adquiriera nuevas fuerzas y consiga, con todo el poderío de la necesidad sexual, exteriorizarse, bajo la forma de un síntoma patológico (Freud, 1906, p. 268). Cabe aclarar que el síntoma y la fantasía no se reducen al coito y la masturbación, en su conferencia *Nuevos caminos de la terapia analítica*,

Freud (1918) afirma que “los síntomas y las exteriorizaciones patológicas del paciente son, como todas sus actividades anímicas, de naturaleza en extremo compuesta. En su fundamento último los elementos de esa composición están constituidos por mociones pulsionales” (p. 156). Es decir, el síntoma es un compuesto entre la trama de representaciones y un elemento último, que se constituye como su fundamento, el cual se corresponde con la pulsión (Ballesteros y Suárez, 2019). Justamente, el síntoma es una formación sustitutiva que muestra como la satisfacción siempre se produce a través de los desvíos pulsionales.

Freud (1918) entonces piensa al síntoma a partir del concepto de trauma ya mencionado anteriormente y lo define como una respuesta del sujeto y como uno de los tratamientos posibles de lo traumático.

Ahora bien, lo que Freud nos enseña es que estos dos elementos que forman parte del síntoma no tienen entre sí articulación, razón por la cual se requiere de un tercero que los anude. En su conferencia *Los caminos de la formación de síntoma* (Freud, 1916) ubica a la fantasía como eslabón intermedio que tiene la función de anudar la pulsión y las representaciones, las cuales pertenecen a campos heterogéneos (Ballesteros y Suárez, 2019).

En 1897, Freud vislumbra la importancia de las fantasías como base de los síntomas histéricos y comunica sus hallazgos a Fliess en la *Carta 69*. Sobre la génesis de los síntomas histéricos, Freud (1992/1895, p. 30) había apuntado hacia los traumas generados en los primeros años de vida y señala que “con harta frecuencia son sucesos de la infancia los que han producido para todos los años subsiguientes un fenómeno patológico más o menos grave”. El trauma psíquico y el síntoma histérico, que sería desencadenado por supuestos sucesos de la infancia, generalmente se relaciona con abuso o seducción del padre u otro adulto, que a pesar del paso del tiempo permanecen; así, el trauma o su recuerdo, detonan el síntoma (Freud, 1992/1895, p. 32-34). Sin embargo, más tarde Freud nota en sus pacientes histéricas que muchas de sus historias no son reales, sino inventadas, imaginadas o fantaseadas (Borja, 2019).

En *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*, publicación de 1950 que reúne misivas desde 1892 hasta 1899, período importante en el desarrollo de la teoría psicoanalítica, Freud ahonda en la cuestión de los recuerdos y el placer en cuanto a las vivencias sexuales. En la *Carta 52*, con fecha 6 de diciembre de 1896, Freud manifiesta que, al generar placer, la reproducción de aquellas vivencias estaría conectada a un placer que no se inhibe y, por tanto,

constituye una compulsión; llegando a la tesis de que “Cuando una vivencia sexual es recordada con diferencia de fase, a raíz de un desprendimiento de placer se genera compulsión, a raíz de un desprendimiento de displacer, represión” (Freud, 1992/1950, p. 277).

Al hablar sobre el placer en el síntoma histérico, Freud trabaja el tema a partir de la acción como vía de reproducción de este:

El ataque histérico no es un aligeramiento sino una acción, y conserva el carácter originario de toda acción: ser un medio para la reproducción de placer. Esto es al menos el ataque en su raíz; por lo demás, se motiva ante lo preconsciente con toda clase de otras razones. Así, tienen ataques de sueño aquellos enfermos a quienes se les aportó algo sexual estando ellos dormidos; se vuelven a dormir para vivenciar lo mismo, y a menudo provocan con ello el desmayo histérico. El ataque de vértigo, el espasmo de llanto, todo ello cuenta con el otro, pero las más de las veces con aquel otro prehistórico inolvidable a quien ninguno posterior iguala ya (Freud, 1992/1950, p. 280).

Además, Freud (1992/1950) señala la probabilidad de que hubiera “enfermos” que se aferren a su padecer; asocia el padecimiento con una medida de protección contra la propia libido:

En esta fase el síntoma mnémico se convierte en síntoma de defensa, ambas clases de corrientes activas se reúnen. En estadios anteriores el síntoma era consecuencia de la libido, un síntoma de provocación; entretanto, sirven a la defensa quizá las fantasías (p 291).

Borja (2019) en su artículo *En las Palabras preliminares del Fragmento de análisis de un caso de histeria*, retoma el caso de “Dora”, paciente de Freud en quién se evidencian los síntomas histéricos a través de los síntomas de tos de esta. Freud había señalado que “Los ataques de tussis nervosa, que se habían iniciado con un catarro común, perduraron todo el tiempo. Cuando entró en tratamiento conmigo, a los dieciocho años, tosía de nuevo de manera característica” (Freud, 1992/1905a, p 21).

Freud (1992/1905a) advierte que el síntoma de la tos se acentuaba durante las acusaciones a su padre, lo que le permite vislumbrar que el síntoma podría tener un significado relacionado con éste, de acuerdo con una regla que dice haber formulado en cuanto al síntoma:

Según una regla que yo había podido corroborar una y otra vez, pero no me había atrevido a formular con validez universal, un síntoma significa la figuración —realización— de una fantasía de contenido sexual, vale decir, de una situación sexual. Mejor dicho: por lo menos uno de los significados de un síntoma corresponde a la figuración de una fantasía sexual,

mientras que los otros significados no están sometidos a esa restricción en su contenido. Pronto se averigua, cuando se emprende el trabajo psicoanalítico, que un síntoma tiene más de un significado y sirve para la figuración de varias ilaciones inconscientes de pensamiento. Y yo agregaría que, a mi entender, una única ilación de pensamiento o fantasía inconsciente difícilmente baste para la producción de un síntoma (Freud, 1992/1905a, p. 42).

Freud (1992/1905a) interpretó el síntoma de la tos nerviosa como una situación sexual fantaseada y detalla una serie de asociaciones de Dora sobre la relación de la señora K. y su padre, a quien se refiere como un hombre sin recursos. “Esto sólo podía entenderse sexualmente, a saber: que el padre no tenía recursos como hombre, era impotente”.

Después que Dora hubo corroborado esta interpretación por su conocimiento consciente, le expuse la contradicción en que caía cuando, por un lado, insistía en que la relación con la señora K. era un vulgar asunto amoroso y, por el otro, aseveraba que el padre era impotente, y en consecuencia incapaz de sacar partido de semejante relación. Su respuesta mostró que no le hacía falta admitir la contradicción. Bien sabía —dijo— que hay más de una manera de satisfacción sexual. Por lo demás, la fuente de este conocimiento le era de nuevo inhallable. Cuando le pregunté si aludía al uso de otros órganos que los genitales para el comercio sexual, me dijo que sí; y yo pude proseguir: sin duda pensaba justamente en aquellas partes del cuerpo que en ella se encontraban en estado de irritación (garganta, cavidad bucal) (p. 42).

Freud concluye que la tos espasmódica de Dora respondía al estímulo de un cosquilleo en la garganta, como representación de una situación de satisfacción sexual entre las dos personas cuyo vínculo amoroso la ocupaba. Freud (1992/1905a, p. 43) indica, no sin la probabilidad de la recesión espontánea de la enfermedad, que, a partir de la aclaración recibida por Dora, su tos había desaparecido (Borja, 2019).

Se asocia el síntoma con la activación de la boca como zona erógena, a partir de la lactancia y posterior hábito de succión del dedo durante la infancia:

Así, esta fantasía perversa de la succión del pene, desde todo punto de vista chocante, tiene el más inocente origen; es la nueva versión de una impresión que ha de llamarse prehistórica, la de la succión del pecho de la madre (Freud, 1992/1905a, p. 47).

En el caso de Dora, se señala que su padre habría comunicado que cuando era niña sostenía el hábito de succionar su dedo y que ella misma habría confirmado recordarlo ligeramente; Freud presenta además otra interpretación del síntoma relacionado a la tos de su paciente, y la articula con la Señora K. y la presencia y ausencia de su esposo:

Puede preguntarse cómo se compadece esta situación sexual fantaseada con la otra explicación, a saber, que el advenimiento y desaparición de las manifestaciones patológicas imitaba la presencia y ausencia del hombre amado, lo cual, por tanto, incorporando la conducta de la señora K., expresaba este pensamiento: «Si yo fuera su mujer, lo amaría de

manera totalmente diversa; enfermaría (de nostalgia) cuando él partiera de viaje, y sanaría (de contento) cuando regresara a casa». A ello debo responder, según mis experiencias en la solución de síntomas histéricos: No es necesario que los diversos significados de un síntoma sean compatibles entre sí, vale decir, se complementen dentro de una trabazón. Basta con que esta última quede establecida por el tema que ha dado origen a las diversas fantasías (Freud, 1992/1905a, p. 47).

Después de asociar las escenas que hacía Dora y sus amenazas de suicidio, con la intención de ocupar el lugar de la madre, Freud (1992/1905a) articula el síntoma con “la fantasía referida a una situación sexual que estaba en la base de su tos, ella ocupaba en esa fantasía el lugar de la señora K. Por tanto, se identificaba con las dos mujeres amadas por el padre” (p.50). Así, la conclusión resulta obvia: se sentía inclinada hacia su padre en mayor medida de lo que sabía o querría admitir, pues estaba enamorada de él (Freud, 1992/1905a).

Es oportuno resaltar la articulación del síntoma histérico de Dora que, según Freud (1992/1905a) señala, se encontraría relacionado con vínculos amorosos inconscientes hacia su padre. Por ende, da un lugar al deseo edípico; Freud indica haber advertido que tempranamente “se ejerce la atracción sexual entre padres e hijos, y he mostrado que la fábula de Edipo debe entenderse probablemente como la elaboración literaria de lo que hay de típico en esos vínculos” (p. 50).

Freud dice que los síntomas histéricos no son más que fantasías inconscientes figuradas mediante conversión; y al ser síntomas somáticos, generalmente estarían relacionados con las mismas sensaciones sexuales en el cuerpo que originalmente acompañaron a las fantasías, en ese momento aún conscientes (Borja, 2019). Sin embargo, Freud señala un detalle no menos importante; el trabajo en la histeria, más allá del síntoma, ha de enfocarse en las fantasías de las cuales proceden:

La técnica psicoanalítica permite, primero colegir desde los síntomas estas fantasías inconscientes y, luego, hacer que devengan conscientes al enfermo. Y por este camino se ha descubierto que el contenido de las fantasías inconscientes de los histéricos se corresponde en todos sus puntos con las situaciones de satisfacción que los perversos llevan a cabo con conciencia (Freud, 1992/1908b, p. 143).

A continuación, veamos cómo se relacionan todos estos conceptos con la noción de fantasía y la violencia de pareja hacia la mujer.

Fantasía.

La fantasía data sus orígenes, según Freud, en las escenificaciones imaginarias del cumplimiento de un deseo que tuvieron lugar en la sexualidad infantil, cuestión que desarrollaremos con los diferentes procesos anímicos y las diferentes fantasías a las que se remite Freud a lo largo de su teoría.

En su artículo *La noción de fantasía en la obra de Freud, antecedente del concepto de fantasma de Jacques Lacan*, Ballesteros y Suárez (2019) mencionan la noción de fantasía según la obra freudiana, articulada también a procesos anímicos, como lo son el sueño, el juego, la creación poética, las teorías sexuales infantiles y la novela familiar de los neuróticos. De esta manera, las fantasías se constituyen como un elemento nodal para explicar varios fenómenos que tienen lugar en la vida psíquica de los seres hablantes.

En *El creador literario y el fantaseo*, Freud (1907) busca elucidar el proceso de creación literaria, pero el interés y el argumento central del texto recaen sobre el examen de las fantasías. Allí sostiene que las primeras huellas del quehacer poético pueden hallarse en el juego del niño; homologa al pequeño que juega con el poeta, en tanto ambos crean un mundo de fantasía que invisten con grandes montos de afecto y que oponen a la realidad efectiva (Ballesteros y Suárez, 2019).

En esta línea, Freud afirma que la actividad de fantasear sustituye en el adulto al juego infantil, creando lo que llama sueños diurnos. Sostiene que, mientras el niño no oculta sus juegos, el adulto se avergüenza de sus fantasías y las esconde de los otros, considerándolas como sus intimidades más personales, lo cual hace más difícil tomar conocimiento de estas. Esta diversa conducta del que juega y el que fantasea halla su fundamento en lo siguiente: el jugar del niño está motivado por el deseo de ser adulto, juega a “ser grande” y no hay razón alguna para esconder ese deseo. El adulto, en cambio, sabe que se espera de él que no juegue ni fantasee, sino que actúe sobre la realidad efectiva. Además, entre los deseos que motivan sus fantasías, hay muchos que se ven precisados a esconder por sus procedencias. Entonces, el fantasear lo avergüenza, por ser infantil y no estar permitido (Ballesteros y Suárez, 2019).

Respecto del origen, las fuentes pulsionales de las fantasías son deseos insatisfechos y que cada una es un cumplimiento de deseo, una rectificación de la insatisfactoria realidad.

Asimismo, afirma que los sueños nocturnos no son otra cosa que unas fantasías, como puede ponerse en evidencia mediante su interpretación (Ballesteros y Suárez, 2019).

Precisamos que con sueños diurnos Freud se refiere a satisfacciones imaginadas de deseos eróticos, ambición y grandeza. En ellos la ganancia de placer se hace independiente de la aprobación de la realidad.

En Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad, Freud (1992/1908b) resalta el carácter erótico de los sueños diurnos en ambos géneros, y señala que, en el caso de varones jóvenes, en aquellas ensoñaciones –por ejemplo– llevan a cabo hazañas para agradar a una muchacha y que ella los prefiera entre otros hombres. “Estas fantasías son unos cumplimientos de deseo engendrados por la privación y la añoranza; llevan el nombre de «sueños diurnos» con derecho, pues proporcionan la clave para entender los sueños nocturnos” (p. 141). Los sueños nocturnos son fantasías sobre deseos de los cuales nos avergonzamos y ocultamos, y que por eso mismo fueron reprimidos, empujados a lo inconsciente y la única forma en que estos se pueden consentir es a través de la desfiguración (Borja, 2016).

Esos sueños diurnos son investidos con un interés grande, se los cultiva con esmero y las más de las veces se los reserva con vergüenza, como si pertenecieran al más íntimo patrimonio de la personalidad. Ahora bien, es fácil reconocer por la calle al que va inmerso en su sueño diurno: se sonríe de manera repentina, como ausente; conversa consigo mismo o apresura su andar hasta correr casi, con lo cual marca el punto culminante de la situación ensoñada (Freud, 1992/1908b, p. 142).

Otra modalidad de las fantasías que es esencial para el interés analítico, son aquellas inconscientes, que pueden haber sido inconscientes todo el tiempo o conscientes y desplazadas por la represión al inconsciente. Freud realiza una revisión sus primeros estudios sobre la histeria, hecho fundamental en el nuevo planteamiento de formación sintomática, dejando de entenderse únicamente como productos de los recuerdos de la experiencia sexual infantil. Ahora se entiende entonces que entre el síntoma y los recuerdos infantiles se filtran las fantasías. La fantasía se instaura como la defensa (o la intención de defenderse), sobre las memorias de la práctica sexual propia. Se consolida entonces una sexualidad infantil donde las prácticas de exploración sexual propia se permean por las fantasías (Passerini, 2011).

Freud elucida algunos nexos entre las fantasías y los efectos poéticos. Afirma que, si el soñante diurno nos comunicara sus ensoñaciones, dicha revelación no podría depararnos placer alguno, mientras que si el artista lo hace sentimos un elevado placer. Atribuye esto a que el poeta atempera el carácter del sueño diurno mediante variaciones y encubrimientos, dando lugar a una satisfacción puramente formal, estética. Añade la hipótesis de que quizá contribuya a este resultado que la poeta habilita a gozar, sin remordimiento ni vergüenza, de las propias ensoñaciones (Ballesteros y Suárez, 2019).

En su texto *La novela familiar de los neuróticos* de 1908, Freud sostiene que desde la infancia tiene lugar una particularísima actividad fantaseadora respecto del tema de las relaciones familiares. Define a la novela como una fantasía que el sujeto se inventa a partir de los materiales de los que dispone para ficcionar el lazo con los otros y su origen en el seno de una genealogía (Ballesteros y Suárez, 2019).

Sobre otros aspectos de la fantasía Freud muestra un fenómeno denominado como recuerdos encubridores que pueden presentarse como manifestación de la fantasía. Estos son reconstruidos ficticiamente por el sujeto desde sucesos reales o fantasmas y tienen un valor importante en el psicoanálisis, puesto que a través de ellos se da el proceso de análisis. Al respecto

Se caracteriza a la vez por su singular nitidez y la aparente insignificancia de su contenido. Su análisis conduce al descubrimiento de experiencias infantiles importantes y de fantasías inconscientes. Al igual que el síntoma, el recuerdo encubridor constituye una formación de compromiso entre los elementos reprimidos y la defensa (Laplanche, 2004, p. 354).

En su trabajo *Sobre los recuerdos encubridores* (1899), Freud señala que en los tratamientos psicoanalíticos que había dirigido, con frecuencia había tenido que ocuparse de “fragmentos de recuerdos que al individuo le han quedado en la memoria desde los primeros años de su niñez” (Freud, 1992/1899, p. 297). Dentro de estos fragmentos hay eventos que nunca acontecieron y tienden a colarse, de contrabando, entre los recuerdos -llamados recuerdos encubridores-. El recuerdo se convierte en una herramienta para la investigación de las fantasías recónditas y para la exploración del inconsciente.

Como resalta Freud (1992/1899, p. 314-315), la memoria infantil no es una invención libre, sino que hay una tergiversación del contenido, hay una reproducción de una situación

posicionándola en un lugar que no aconteció jamás, hay una mezcla o transferencia entre personas, o incluso, se genera una disyunción entre la persona y la experiencia, codificándolas como dos experiencias aisladas. Un análisis más detallado evidencia que dichas tergiversaciones mnémicas son sistemáticas, obedecen a la represión y sus metas en la búsqueda de desplazamiento o reemplazo de experiencias o percepciones desagradables o displacenteras (Borja, 2016).

Otras fantasías retomadas por Borja (2016) en este recuento sobre la fantasía son las “Fantasías sobre la concepción”, dentro de las cuales encontramos las de las teorías sexuales. Esta se origina sobre una pregunta inicial que se realiza el niño sobre el origen, más precisamente una curiosidad por la explicación del nacimiento ya sea de sí mismo o sus pares. La “fábula de la cigüeña” generalmente es fomentada por los padres como explicación de la llegada de un hermano o ante la pregunta por el origen de los niños. Sin embargo, al cabo de no mucho tiempo, advierten que no es real y “a partir de este primer engaño y rechazo alimentan desconfianza hacia los adultos, adquieren la vislumbre de algo prohibido que los «grandes» desean mantenerles en reserva y por eso rodean de secreto sus ulteriores investigaciones” (Freud, 1992/1908c, p. 191).

Freud (1992/1908c, p. 192) establece que la primera de las teorías sexuales es no saber la existencia de las diferencias entre los sexos, que es muy característico de la infancia; esta teoría consiste en atribuir a todos los seres humanos, aun a las mujeres, un pene, en este caso el clítoris, el cual se cree que crecerá después (Borja, 2016). La ignorancia sobre la existencia de la vagina permite que el niño se convenza de la segunda de las teorías sexuales: si el hijo crece en el vientre de la madre y es sacado de ahí, ello ocurrirá por la única vía posible, el ano, entonces consideraría preciso que el hijo sea evacuado como un excremento (Freud, 1992/1908c, p. 195).

Finalmente, la tercera teoría sexual se trata de la concepción sádica del coito, a partir de la observación a escondidas de la relación sexual de los padres o la imaginación de una relación sexual agresiva (Freud, 1992/1908c, p.196):

Cualquiera que sea la pieza de ese comercio que entonces observen, la posición recíproca de las dos personas, los ruidos que hacen o ciertas circunstancias secundarias, siempre llegan a

lo que podríamos llamar la misma concepción sádica del coito: ven en él algo que la parte más fuerte le hace a la más débil con violencia, y lo comparan, sobre todo los varoncitos, con una riña como las que conocen del trato entre niños, y que por cierto no dejan de ir contaminadas por una excitación sexual (Freud, 1992/1908c, p. 196).

La concepción sádica del acto sexual se confirma para el niño, al descubrir algunas manchas de sangre eventualmente en la cama o la ropa interior de la madre. Son para él pruebas de que en la noche se ha vuelto a producir una embestida del padre sobre la madre (Freud, 1992/1908c, p. 196).

Otras fantasías presentes en los seres hablantes son aquellas acerca del origen de la diferencia de los sexos. La castración como principal elemento de su diferencia surge a partir de las teorías sexuales infantiles sobre la premisa de no diferenciación entre estos. El niño, al notar que el “pene” (clítoris) de la niña no crece, crea la idea de que fue cortado (Castrado).

En su trabajo *Sobre las teorías sexuales infantiles*, Freud (1992/1908c, p. 193) menciona la relación entre las prácticas onanistas y el complejo de castración; señala que, tras ser descubierto por sus padres, el niño sería aterrorizado con la amenaza de que se le cortaría el miembro como respuesta a sus actividades sexuales, dando lugar al espanto y la angustia que se asocia con el complejo de castración (Borja, 2016).

A propósito, en el caso del pequeño Hans, Freud expone una escena entre la madre y el niño, tras ser hallado masturbándose, a la que se alude la generación de la angustia de castración:

A la edad de 3 1/2 años, su madre lo encuentra con la mano en el pene. Ella lo amenaza: “Si haces eso, llamaré al doctor A., que te corte el hace-pipí. Y entonces, «¿con qué harías pipí?». Hans: «Con la cola [Popo]»” (Freud, 1992/1909b, p. 9).

Finalmente, la castración se ubica en el orden de la fantasía ya que “para producir sus efectos, no necesita ser ejecutada ni tan sólo ser explícitamente formulada por parte de los padres” (Laplanche, 1985, p. 60).

Es importante destacar que estos desarrollos se constituyen como un antecedente que ordena las coordenadas de lo que Freud (1919) especificará en el texto *Pegan a un niño*, el

cual nos permite pensar de qué modo se presentan las fantasías en la clínica, como funcionan y cuáles son las intervenciones del analista sobre las mismas (Ballesteros y Suárez, 2019).

Fantasia de paliza.

En 1919 Freud escribe un texto paradigmático llamado *Pegan a un niño* donde trabajará la fantasía en una línea muy diferente. Sostiene que en esta hay un tono de confesión:

La confesión de esta fantasía sólo sobreviene con titubeos, el recuerdo de su primera aparición es inseguro, una inequívoca resistencia sale al paso de su tratamiento analítico, y la vergüenza y el sentimiento de culpa quizás se movilizan con mayor vigor en este caso que a raíz de parecidas comunicaciones sobre los comienzos recordados de la vida sexual (Freud, 1919, p. 177).

Cuando en la investigación del análisis Freud quiso averiguar algo sobre esta fantasía no recibió más que una esquiva y mezquina respuesta de parte de los pacientes: "No sé nada más sobre eso; pegan a un niño" (Freud, 1919, p.179).

En relato de esta fantasía se encuentran configurados tres personajes: el agente que proporciona el castigo, el otro que padece la acción (del castigo), y el sujeto del relato, quien cuenta la fantasía en el momento de la "confesión" al analista (Alba, 2019).

Todos los autores analizados bajo esta categoría (fantasía) retoman a *Pegan a un niño* (Freud, 1919) y exponen las fases de la fantasía de paliza, que tiene lugar entre los 5 y 6 años, y de la que Freud tiene noticia a partir de los análisis de personas neuróticas adultas en tratamiento.

Se enuncia en un primer momento que en *Pegan a un niño*, no es el fantaseador el que ejecuta la acción, por lo que no podría definirse como una fantasía sádica. Sin embargo, esto no implica necesariamente que no encuentre una satisfacción en el mirar cómo es azotado el otro, al que se llegará a considerar rival por el amor del padre (Alba, 2019).

En cuanto a quién es en realidad la persona que pega, no queda claro al comienzo. Solo puede comprobarse que no es otro niño sino una persona adulta indeterminada, que más tarde se reconoce de manera clara y unívoca como el padre; entonces el "pegan a un niño" deviene en "el padre pega al niño", hasta dar lugar a "el padre pega a un niño que yo odio" siendo esta la fase I de la fantasía de paliza (Borja, 2016). En este punto la fase I satisface los celos del niño en tanto azota al niño odiado. Durante esta fase se cambiará el vínculo del sujeto

fantaseador con el otro de la fantasía y el agente de la paliza, siendo siempre el azotado el otro, y el sujeto fantaseador se constituye en la escena como observador activo (Alba, 2019).

En la segunda fase de la fantasía de paliza, la persona que pega sigue siendo el padre y el niño azotado deviene otro, “la fantasía se ha teñido de placer en alto grado [...] Entonces, su texto es ahora: «Yo soy azotado por el padre». Tiene un indudable carácter masoquista” (Freud, 1992/1919, p. 183). La fase II concluye en la esencia del masoquismo como castigo por la referencia genital prohibida del amor del padre y el sujeto del relato el sujeto al que le pegan. En este límite ha operado una sustitución esencial, el niño azotado ha devenido otro; por lo regular es el niño fantaseador mismo. Esta situación nos recuerda a ese momento del destino de la pulsión en que “el sujeto narcisista es permutado por identificación con un yo otro, ajeno” (p. 127) donde se resuelve el trastorno hacia lo contrario, de los opuestos sadismo-masoquismo y placer de ver-exhibición (Alba, 2019).

Freud (1992/1919, p. 183) explica que la tercera fase se aproxima a la primera. Sin embargo, la figura del padre deviene en una persona indeterminada, otro adulto, por ejemplo, un profesor. Así, el niño azotado ya no es la persona propia del niño fantaseador, sino que se presentan subrogantes del niño; mientras que se sostiene en un lugar de observador.

El “probablemente yo estoy mirando” de la fase III, en la que se “aproxima de nuevo a la primera”, pone de relieve esta situación que requeriría un desarrollo particular de las relaciones del sadismo y la mirada. Aquí se conjuga la pulsión escópica (centrada en la mirada) con el sadismo, y podríamos pensar que el ver es expresión de lo activo del mirar: voyerismo (aquí aclarando que no es lo mismo que el sadismo). En este punto se evidencia el lugar secundario que ocupa el dolor en el sadismo, siendo el dominio primario en este (Alba, 2019). Freud enuncia esto como el fundamento “de los empeños del niño que quiere hacerse señor de sus propios miembros” (1915, p. 125)

Nuevamente Enrique Alba, en su artículo *Pegan a un niño, 100 años* (2019), introduce un análisis que no se había visto antes sobre la fantasía “Pegan a un niño”, análisis al que Freud no llegó en su época. El sujeto del relato se presenta en un tiempo impersonal, o sea un sujeto del inconsciente borrado del dicho. Muchas veces no se evidencia sujeto gramatical en la oración, lo que nos dice que el sujeto inconsciente se encuentra ausente dentro de su formación. Esta forma de presentación, en la que el verbo se expresa en tercera persona del

plural, tiene la forma sintagmática de un decir que puede ser de cualquiera, o en este caso un decir que en realidad lo dice a él en la fantasía.

Quien habla no se asume como sujeto actuante del dicho, y depende del trabajo analítico que el sujeto se evidencie en primera persona y de forma activa: “yo odio”, “el niño que yo odio”. Es en este recorrido de la voz pasiva a la voz activa que se va a operar ese movimiento por el cual “el niño azotado ha devenido otro”, o sea que “el sujeto narcisista es permutado por identificación con otro yo, ajeno” (p. 127). Pero “el verbo en voz activa no se muda a la voz pasiva, sino a una voz media reflexiva” nos dirá Freud (p. 123). En las distintas fases se que posibilita el desplazamiento (metonimia) y la metáfora (Alba, 2019). Esto con el fin de evidenciar nuevamente cómo se traslada el sujeto desde una posición pasiva a una activa y viceversa, no solo en la fantasía en sí, sino también en el discurso.

Partiendo de las fases anteriormente mencionadas, se facilita la comprensión de la vuelta de la pulsión de actividad a pasividad, como el retorno hacia la propia persona que se encuentra en los extremos de los componentes sádico-masoquista, voyerismo-exhibicionismo, al igual que la ambivalencia entre el amor-odio (Alba, 2019).

Estas particularidades mencionadas serán desarrolladas en *El problema económico del masoquismo*. Al referirse a las fantasías de “personas masoquistas”, Freud agregará que “las escenificaciones reales de los perversos responden punto por punto a esas fantasías, ya sean ejecutadas como un fin en sí mismas o sirvan para producir la potencia e iniciar el acto sexual” (1924, p. 167).

Freud enmarca en este punto que las fantasías perversas en la neurosis son la escenificación sexual sin variaciones en su estructura formal, o sea monótona. Hay un cambio de perspectiva en lo que podríamos considerar las relaciones entre “la escena” y “la fantasía”. La fantasía se escenifica como forma de repetir lo imposible de acceder a la conciencia (Alba, 2019).

Una de las cuestiones en las que Freud más trabaja es la de los diferentes giros en los que se va desarrollando la fantasía *pegan a un niño* sobre el par activo-pasivo y sujeto-objeto. En *Tres ensayos* (1905) sostiene que sadismo y actividad se contraponen a masoquismo y pasividad, pero no de una manera definitiva. Luego en 1915 en *Pulsiones y destinos de pulsión*, propone una perspectiva de una pulsión de dominio sobre el otro objeto, activa, pero no sádica, en tanto su meta principal no es infligir dolor. De este modo, Freud sostiene que

se llega al sadismo activo pasando por el masoquismo pasivo, cuando el sujeto busca una persona ajena como objeto, asumiendo el papel de sujeto sádico. Lo que nos lleva a la conclusión de que activo y pasivo no coinciden enteramente con sadismo y masoquismo, sino que dependen de la posición del sujeto con respecto al objeto. Hay una pulsión activa, pero no necesariamente sádica, en cuanto el sujeto no es el que inflige dolor; a diferencia de una activa sádica, cuya principal meta sí es infligir dolor, al igual que el masoquismo, que puede no ser pasivo en muchas ocasiones (Alba, 2019).

Será a partir de *Más allá del principio del placer* (1920) que el masoquismo pasará a ser primario como resultado activo en el cual el sujeto del relato se ofrece al agente de la paliza, después de haber intercambiado su yo por un yo-otro (Alba, 2019).

La fantasía “Pegan a un niño”, que corresponde al deseo de ser azotado por el padre, expresa el plus de satisfacción, lo que en la lógica sádico-masoquista se le añade en el acto ver-mostrarse. No únicamente hay una fantasía de sometimiento/martirización del rival, sino también de ser un mártir por sí mismo. “Pegan a un niño” se desarrolla en todos los sujetos atravesados por el lenguaje; es decir, en nuestra infancia cruzamos por ella y, por ende, se instaura en nuestra psique. Luego, como lo analizamos en *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908), puede presentarse como un suceso que en la vida adulta desea ser repetido o revivido. Se fantasea y añora constantemente con la necesidad de ser golpeado y amado por un otro que, basados en la fantasía de azote, sería el “padre”, para volver a sentir la excitación sexual primaria que esto produce. Premisa que puede ser enlazada a una posición frente a la violencia hacia la mujer que se expone en el capítulo anterior, donde esta misma ubica al hombre en el lugar del otro “padre”, y se ubica como un objeto para suplir sus deseos.

En conclusión, la fantasía sería uno de los destinos a los que recurre la psique frente a las fuerzas pulsionales, la relación prohibida incestuosa y los enigmas de la sexualidad infantil. Siendo referida al amor incestuoso, surgida en el plano del complejo de Edipo y posteriormente heredera de la carga libidinosa aunada a la conciencia de culpa, las observaciones de la fantasía de paliza en específico son útiles para el esclarecimiento de la génesis del masoquismo.

Pegan a un niño (1919) evidencia que la vida sexual tiene implicaciones distintas para ambos sexos, volviéndose el desarrollo sexual de la niña en relación con la feminidad

bastante complejo con respecto al del varón. Más allá de las múltiples diferencias anatómicas entre los sexos y sus consecuencias psíquicas vale la pena introducir una pregunta para dar paso al siguiente apartado y que es fundamental para la presente revisión: ¿Por qué Freud realiza un paralelo entre feminidad-pasividad-masoquismo?

Categoría 3: *Masochismo Femenino.*

A lo largo de sus obras y como hemos visto en el recorrido hecho hasta ahora, Freud muestra mucho interés por la sexualidad de los seres hablantes, una sexualidad que viene cargada de deseos, los cuales buscan vías de satisfacción, una las cuales es el masochismo. Para entender esto será necesario desarrollar una serie de elementos que hilarán y darán sentido a esta afirmación.

Pulsión.

El primer elemento y uno de los más importantes que retomaremos es la pulsión, mencionada en capítulos anteriores como la relación sujeto/objeto. En *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915), Freud la define como:

un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante {repräsentant} psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (p. 117).

La pulsión como representante psíquico trae consigo la designación de algo no aprehensible por medio del lenguaje pero que puja en el alma. Es una fuerza capaz de convertirse en acciones del sujeto, tomar posesión y dirección del desarrollo del mismo. Se manifiesta “en el cuerpo somático del sujeto”, lo que corresponde a una sensación corporal dotada de sentido como realidad psíquica (Ureña, 2010).

Freud anuda a esta un carácter energético, que equipara a un estímulo que puede entenderse en dos vías: externa e interna.

La primera viene del mundo exterior como estímulo. El sujeto busca la forma para escapar del monto de excitación que procede desde afuera, pero en lo que respecta a la vía interna es imposible escapar ya que es propia; la única posibilidad para el sujeto de reducir la tensión que lo golpea es la descarga en el objeto seleccionado (Ureña, 2010).

Pero entonces, ¿qué vías y qué objetos puede tomar el sujeto para reducir la tensión pulsional que lo azota? Al respecto de las vías y objetos de la pulsión, Freud enuncia:

Entonces, primero hallamos la esencia de la pulsión en sus caracteres principales, a saber, su proveniencia de fuentes de estímulo situadas en el interior del organismo y su emergencia

como fuerza constante, y de ahí derivamos uno de sus ulteriores caracteres, que es su incoercibilidad por acciones de huida (1915, p. 115)

Cuando hablamos de las vías y objetos se muestra que pueden ser múltiples y muy diversos. El empuje pulsional es constante; por tanto, a pesar de los múltiples objetos la pulsión nunca estará satisfecha de manera completa, solo de manera parcial y momentánea. Un ejemplo es cuando Freud menciona la primera experiencia satisfactoria como punto esencial en la pulsión, pues es allí donde se establece. Parte del designio del niño con su necesidad de hambre es el primer encuentro con el seno materno; que contiene no únicamente la carga pulsional, sino también la idea de la imposibilidad de ser completamente satisfecho debido a su constante necesidad (Ureña, 2010) .

Existe la posibilidad de que el sujeto, como lo mencionaba Freud, asuma una posición de objeto frente a la pulsión, ya sea de manera activa, es decir, que puede influir de manera activa sobre el objeto, o de manera pasiva, al dejarse influir.

Entonces vale la pena preguntarnos: ¿Existe la posibilidad de que el masoquismo sea un cambio de objeto en cuanto la pulsión se fija en el Yo propio como una posición pasiva por parte del sujeto?

La pulsión es vista en otras palabras como un esfuerzo que buscará las maneras para satisfacerse encontrando una salida hacia algún objeto, y de manifestarse sin importar las restricciones culturales impuestas al sujeto (Ureña, 2010). Así, plantearemos el masoquismo como una vía posible por medio de la cual la pulsión obrará para su satisfacción, donde el objeto se fija en el yo propio.

Freud introduce dentro de este concepto de pulsión las llamadas *pulsiones parciales*, que de otra forma exponen cómo la pulsión puede tomar varias vías y varios objetos. Este tipo de pulsiones se remiten a la sexualidad infantil. Es necesario recordar que Freud puntualiza la diferencia que existe entre la sexualidad genital del adulto y la infantil. En la adolescencia la pulsión se ha sumado al aparato genital y se ha puesto al servicio de la reproducción sexual, siguiendo de esta manera hasta la adultez. Caso contrario pasa en la infancia, donde las pulsiones se dirigen por muy variadas vías a diferentes objetos (Ureña, 2010).

Cuando se habla de pulsiones parciales se hace referencia a las primeras manifestaciones de la pulsión. Al respecto Freud afirma que:

(...) lo que distingue a las pulsiones unas de otras y las dota de propiedades específicas es la relación con sus fuentes somáticas y con sus metas. La fuente de la pulsión es un proceso excitador en el interior de un órgano, y su meta inmediata consiste en cancelar ese estímulo de órgano (Freud, 1905, p. 153).

En la infancia la pulsión funciona basada en el placer de un órgano y se direcciona a un punto en específico del cuerpo según las etapas del desarrollo sexual, por ejemplo, el ano, la boca, vagina, pene, etc. Esta puede ser satisfecha por medio de la estimulación de dicho órgano. (Ureña, 2010).

Freud enuncia que estas pulsiones parciales nacen “apuntalándose en una de las funciones corporales importantes para la vida; todavía no conoce un objeto sexual, pues es autoerótica y su meta sexual se encuentra bajo el imperio de una zona erógena” (1905, p. 166). De este modo, las manifestaciones de la sexualidad infantil no se ven dirigidas a un objeto ajeno del mundo exterior.

Así, la infancia es entendida como una fase autoerótica en tanto el objeto es el cuerpo propio. Bajo esta lógica, en la compulsión a la repetición, el niño no está atravesado por reglas provenientes del exterior, por lo que sus “límites” están establecidos por la disposición y dimensión corporal propia. Las pulsiones parciales a lo largo del desarrollo se integran a la sexualidad genital del adulto, conformando las pulsiones mencionadas al inicio de este apartado.

Masculino - femenino / actividad- pasividad.

Al indagar en la sexualidad del varón se encuentra una retención del mismo objeto de amor en la etapa pregenital y genital a lo largo de su desarrollo sexual: la madre. Estas mociones amorosas frente al objeto deben caer, ser sepultadas (sepultamiento del complejo de Edipo) en lo inconsciente a causa de una satisfacción imposible, debido a la amenaza de castración donde el niño teme perder sus genitales (Ureña, 2010).

En el caso de la niña, inicialmente, se fija en la madre como objeto de amor. Luego tiene que realizar un desplazamiento bastante significativo hacia el padre. Ella, al comparar

el pene con su clítoris, se da cuenta que este es superior y automáticamente concluye que su “pene (clítoris)” está pequeño, pero que luego crecerá o que podría tener uno, lo que termina siendo nombrado por Freud como envidia al pene. En el caso del varón, este piensa que el “pene” de la niña crecerá; es posteriormente, frente a la amenaza de cortarlo, que el niño asume tal falta en la niña como la efectividad de tal amenaza (Ureña, 2010).

La falta genital en la mujer desemboca en la psique, impactando directamente en su progreso y construcción sexual. De lo anterior se conocen tres conductos en los que se puede materializar: dos de ellos corresponden a lo que se conoce como “complejo de masculinidad”. Mencionadas anteriormente, aquí solo las nombraremos: la niña se va a aferrar a la idea que crecerá su pene (clítoris) o se negará completamente a la castración y se comportará como un varoncito.

La tercera vía es el momento donde se instaura el deseo por el pene y comienza la lectura paralela y comparativa a nivel genital, en donde el clítoris representa el pene “incompleto” o “mutilado”; hecho que es esencial en la formación del sentimiento de inferioridad femenina (Freud, 1925, p, 172). Dicho sentimiento permite a la niña un desarrollo de la sexualidad por el conducto femenino; vía vaginal (Ureña, 2010).

El complejo de castración es una respuesta del sujeto frente a la amenaza paterna. Esta se vuelve real, peligrosa y traumática cuando el niño observa los genitales femeninos. Freud menciona que en el análisis este complejo es llamado “roca de base”, término que en las mujeres representa la envidia al pene y “en el varón también se trata del deseo de masculinidad, revuelto contra lo femenino. Ambos responden a la lógica fálico-castrado y esto supone desautorización o rechazo de lo femenino” (Merlin, 2009, p. 237).

Podríamos decir a modo de conclusión en este punto que la fantasía “Pegan a un niño”, cicatriz del complejo de Edipo, es un modo de lazo erótico al padre, que impone una posición libidinal infantil femenina y que denota que la posición femenino / castrado es siempre con respecto al padre.

En cuanto a lo masculino y lo femenino, términos nombrados en varias ocasiones en este trabajo, “el psicoanálisis nos enseña a contar con una única libido, que a su vez conoce metas –y por tanto modalidades de satisfacción- activas y pasivas” (Freud, 1931, p. 241).

Freud (1923b) expone que, para ambos sexos, solo se desempeña un papel; el masculino. “Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo” (Freud, 1923b, p. 146). Como vemos, la única libido existente es bajo el tipo masculina y las modalidades de satisfacción son activo y pasivo, como el papel principal pertenece al hombre, Freud asume que este ocupa un rol activo y la mujer pasivo, pero ¿por qué Freud en su momento realizó un paralelo entre feminidad-pasividad-masocismo?

Al remitirnos nuevamente a *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915), Freud identifica que la vida anímica es comandada bajo 3 polaridades:

1. Sujeto (yo)-Objeto (mundo exterior).
2. Placer- Displacer.
3. Activo-Pasivo.

Centrándonos en las polaridades 1 y 3, el sujeto puede comportarse de manera pasiva frente al mundo en cuanto recibe estímulos del objeto. Otro es el caso cuando el sujeto reacciona frente a estos estímulos comportándose de manera activa: “El yo sujeto es pasivo hacia los estímulos exteriores, y activo por sus pulsiones propias” (Freud, 1915, p. 129). Los ejes dialécticos del sujeto - objeto, activo - pasivo se verán entrelazados con las cualidades de lo femenino y lo masculino (Ureña, 2010).

En términos de actividad la pulsión busca dominar el objeto, poseerlo, en medio de esta búsqueda el objeto de amor (el que asume la posición pasiva) es también parte de esta dinámica, gracias a que la pulsión toma una meta pasiva para su satisfacción lo que lo hace objeto (Ureña, 2010).

La configuración de lo femenino bajo la polaridad de una meta pasiva de satisfacción es algo que Freud expone en textos como *Sobre la sexualidad femenina* (1931), y su *33a conferencia, la feminidad* (1933). Para Freud el paso de la renuncia al clítoris a la aceptación de la castración y la vía vaginal en la mujer es paralelo al paso de una meta activa a una pasiva de la pulsión, por esto se menciona la pasividad del lado femenino. Cuando la mujer abre paso a la vía vaginal, la vagina se convierte en el receptor que recibe al pene, por lo que se le atribuye pasividad.

Freud (1923) renunciará a la asociación masculino-activo y femenino-pasivo y afirmará que la sexualidad en lo inconsciente se instaura, como lo mencionamos anteriormente, de manera masculina (primacía fálica). En *La organización genital infantil* (1923), Freud expone lo mencionado:

El carácter principal de esta «organización genital infantil» es, al mismo tiempo, su diferencia respecto a la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, solo desempeña un papel, un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo (Freud, 1923b, p. 146).

Los seres humanos heredamos filogenéticamente los destinos necesarios de la estructura del psiquismo Edipo/Falo/Castración, dejando la diferencia sexual solo en la posibilidad de Falo/Castrado. Lo que deja en evidencia que no hay modo de nombrar lo femenino dándole identidad propia y por lo tanto esto no permite tener un saber sobre la diferencia de los sexos.

Freud sostiene lo femenino como un enigma, *dark continent*, en tanto ajeno, horroroso y hostil (por la castración también). Es el peligro sin significación, sin medida fálica, definido en 1920 como trauma estructural: Pulsión de muerte. El inconsciente como saber no sabido está alejado de lo que no tiene representación. El “otro sexo” (femenino) es “eso”, que no se quiere - puede - saber nada (Merlin, 2009).

Frente al horror y enigma que significa la feminidad, el aparato psíquico responde con un complejo fantasmático: la fantasía de “Pegan a un niño”, es decir, la fantasía de ser castrado por un padre gozador y amenazante, a lo que Freud llamará masoquismo femenino (Patri, 2014).

Como se ha mencionado, en *Pegan a un niño* (1919), Freud exhibe sus dudas referidas a la sexualidad de la niña y sus diferencias con respecto al desarrollo del varoncito. En relación con los tres tiempos de la fantasía de paliza ejemplificadas en el apartado anterior, Freud nos dice:

Como es natural, espere hallar plena analogía entre las constelaciones vigentes en el varoncito y en la niña; en el caso del primero, desde luego, la madre debía remplazar al padre en esa fantasía. Y en efecto ello pareció corroborarse, pues la fantasía que se consideró la correspondiente en el varón tenía por contenido ser azotado por la madre (luego, por una persona sustitutiva). Sin embargo, esa fantasía en que la persona propia se retenía como objeto se diferenciaba de la segunda fase hallada en la niña por el hecho de que podía devenir consiente. Pero si por esa razón se quería equipararla a la tercera fase de la niña, subsistía una

nueva diferencia, a saber, que la persona propia del muchacho no era sustituida por muchas, indeterminadas, ajenas, y menos aún por muchas niñas. Así, se malograba la expectativa de un paralelismo íntegro (Freud, 1919, p. 193).

Anterior a la fantasía masculina donde el niño es azotado por la madre, se encuentra escondida una formación previa inconsciente: “Yo soy azotado por el padre”, y que corresponde a la construcción de la segunda fase de la niña siendo equiparables. El “ser-azotado” es la formación posterior de un “ser-amado” por el padre en sentido genital, por lo tanto, esta fantasía sobreviene masoquista, y asume una posición femenina con respecto al padre desde un principio (Ureña, 2010).

Masoquismo.

Entrando en materia en lo que respecta al masoquismo, Freud, en un principio, en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), considera que el masoquismo y el sadismo son las perversiones más importantes: “sadismo y masoquismo ocupan una posición particular entre las perversiones, pues la oposición entre actividad y pasividad que está en su base pertenece a los caracteres universales de la vida sexual” (Freud, 1905, p. 144).

Tanto en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905), *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915) y como evidencia de la fantasía de paliza (1919), Freud enuncia un estado sádico anterior al masoquismo, siendo este consecuencia de un estado sádico primario, es decir, un sadismo volcado al propio yo, que atribuye factores como la conciencia de culpa a la fijación de la pulsión por tal vía de descarga (Ureña, 2010).

“Al comienzo parece corroborarse que el masoquismo no es una exteriorización pulsional primaria, sino que nace por una reversión del sadismo hacia la persona propia, o sea por regresión del objeto al yo” (Freud, 1919, p. 190). Esta regresión se realiza gracias a la conciencia de culpa, la cual ayuda a la represión a suprimir de la conciencia el momento del Edipo por el que transcurren los sujetos (Ureña, 2010):

la represión se exterioriza aquí en tres clases de efectos: vuelve inconsciente el resultado de la organización genital, constriñe a esta última a la regresión hasta el estado sádico-anal y muda su sadismo en el masoquismo pasivo, en cierto sentido, de nuevo narcisista (Freud, 1919, p. 191).

En *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915) propone clasificar las pulsiones en dos grupos: las pulsiones yoicas o de autoconservación y las pulsiones sexuales. El masoquismo se clasifica dentro de las múltiples pulsiones sexuales, que nacen de varias fuentes orgánicas, al comienzo actúan de manera independiente unas de otras, y solo después se reúnen en una síntesis casi concluida (Vargas, 2016). Las pulsiones sexuales encuentran cuatro formas de tramitación: el trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la persona propia, la represión y la sublimación. Nos centraremos en las dos primeras.

En la primera, lo sádico-masoquista y la satisfacción en el voyeurismo-exhibicionismo se muestran como un dualismo y alternación de la meta pulsional en la función activa – pasiva, lo que implica pasar del verbo mirar a su pasividad: ser mirado; otro ejemplo sería el paso de martirizar a ser martirizado. Ser martirizado y ser mirado son pasividades que ocupan el sujeto como objeto, quien deviene objeto de la mirada y del látigo de otro; la pasividad es situarse a merced del otro (Vargas, 2016). En el caso de la segunda vía, se puntualiza que el único fenómeno conocido es la mudanza de amor en odio y viceversa (Freud 1915, p. 122). En la vuelta hacia la persona propia, se retoma el masoquismo como un sadismo vuelto hacia el Yo propio.

Freud explica cómo se da la transformación de la meta pulsional en el trastorno hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona propia. En primer lugar, lo sádico se manifiesta a través del infligir dolor contra un sujeto en posición de objeto. En segundo lugar, el objeto es sometido y sustituido por la propia persona. Este desplazamiento trae la transformación de la meta (de activa a pasiva). Esta etapa no corresponde propiamente al masoquismo, sino a una posición donde se impone un autocastigo. Por último, aparece la dimensión masoquista, en la que hay una búsqueda de un nuevo objeto que asuma la posición de sujeto que suministrará el dolor (Ureña, 2010). Freud dice al respecto: “no parece haber un masoquismo originario que no se engendre del sadismo de la manera descrita” (Freud, 1915, p. 123)

Vargas (2016) en su texto *Del masoquismo y otros destinos de pulsión* recurre a la creación Sacher-Masoch en *Las Venus de las pieles* para ejemplificar el masoquismo y sus fenómenos. La autora expone dos escenas de esta obra. La primera que retomaremos da cuenta de cómo el desprecio y los látigos sobrevienen una experiencia de satisfacción para el

sujeto intérprete de esta. Dicho de otro modo, el circuito del trastorno hacia lo contrario y vuelta hacia la propia persona se conjugan en esta escena:

Una tía lejana mía, la condesa Sobol, vino a casa de mis padres. Era una bella y majestuosa mujer, de risa seductora; pero yo la detestaba, porque tenía en la familia la fama de una Mesalina, y me trataba con la mayor insolencia y maldad. Sucedió que un día mis padres se fueron a la capital. Mi tía resolvió aprovecharse de su ausencia para ejecutar la sentencia que había decretado contra mí. Inopinadamente entró, vestida con su kazabaika³ y seguida de la cocinera, su hija y la gatita que o había desdeñado. Sin decirme nada me cogieron, y a pesar de mi violenta resistencia, me ataron de pies y manos; después de lo cual, con su risa perversa, mi tía se levantó las mangas y se puso a engarmé con una vara, tan fuerte, que mi sangre corrió y, a pesar de mi valor, grité en demanda de gracia. Entonces hizo que me desataran, pero tuve que arrodillarme ante ella para darle las gracias por la corrección, y besarle la mano. Ahora verá usted el loco desprovisto de sensaciones. Bajo la vara de la bella y lasciva mujer, que se me representaba, con su chaquetilla de pieles, como una diosa, colérica, la sensación de la mujer se despertó en mí por vez primera, y desde entonces mi tía me pareció la mujer más atractiva de la tierra (Sacher-Masoch, 1870, p. 26, citado por Vargas, 2016).

En esta escena el otro detestable se convierte entonces en el sujeto amado. Así el deseo del sujeto es el de ser martirizado y azotado por el otro (Vargas, 2016).

La autora toma otra escena donde el sujeto intérprete es sorprendido por el otro, en su intento de permanecer en el goce solitario que le brinda la mirada; pero que, al ser descubierto, se pone a entera disposición del otro que lo azota y martiriza, y al situarse en esa posición se experimenta la fijación de un placer que se retendrá para sí (Vargas, 2016):

A los diez años tenía ya un ideal. Languidecía por una parienta lejana de mi padre – llamémosla condesa Zenobia–, la más bella (...) de todas las mujeres de la región. (...) Fue una tarde de domingo. No la olvidaré jamás. Había venido a visitar a los hijos de mi bella tía –como la llamábamos– para jugar con ellos. Estábamos solos con la criada. De golpe entró la condesa, orgullosa y altiva, envuelta en su gran pelliza de marta cebellina, nos saludó y me besó, cosa que me transportaba siempre a los cielos; luego exclamó: “Ven, Leopoldo, ayúdame a quitar la pelliza”. No tuvo que repetírmelo, la seguí al dormitorio, le quité las pesadas pieles que sostuve con esfuerzo, y la ayudé a ponerse su magnífica chaqueta de terciopelo verde guarnecida de petigrís que llevaba siempre en casa. Luego me arrodillé ante ella para calzarle sus pantuflas bordadas en oro. Al sentir agitarse sus piececillos bajo mi mano, le di, extraviado, un ardiente beso. Al principio mi tía me miro con sorpresa; luego se echó a reír al tiempo que me daba un ligero puntapié. (...) Mientras ella preparaba la cena, nos pusimos a jugar al escondite y guiado por quién sabe qué demonio, fui a esconderme en el dormitorio de mi tía tras un perchero guarnecido de vestidos y capas. En ese momento oí la campanilla y pocos minutos después mi tía entró en la habitación seguida de un agraciado joven. Luego ella empujó la puerta sin cerrarla con llave y atrajo a su amigo junto a sí.

Yo no entendía lo que decían y menos aun lo que hacían; pero sentí palpar con fuerza mi corazón pues tenía cabal conciencia de la situación en que me hallaba si me descubrían, iban a tomarme por un espía. Dominado por este pensamiento que me causaba una angustia mortal, cerré los ojos y me tapé los oídos. Un estornudo que me costó mucho refrenar estuvo a punto

de delatarme cuando, de pronto, se abrió violentamente la puerta dando paso al marido de mi tía, quien se precipitó en la habitación acompañado de dos amigos. Su cara era color púrpura y sus ojos lanzaban relámpagos.

Pero en un instante de duda en que se preguntó a cuál de los dos amantes golpearía primero, Zenobia se le adelantó. (...) Sin soltar palabra, se levantó de un salto, corrió hacia su marido y le lanzó un puñetazo en la cara. Él trastabilló. La sangre le corría desde la nariz y la boca. Aun así, mi tía no parecía estar satisfecha. Tomó su fusta y, blandiéndola, señaló la puerta a mi tío y a sus amigos. Todos al mismo tiempo aprovecharon para desaparecer, y el joven adorador no fue el último en zafarse. En ese instante el desdichado perchero cayó al suelo y toda la furia de la señora Zenobia se volcó sobre mí. “¡Qué es esto! ¿Así que estabas escondido? ¡Toma, ya te enseñaré yo a espiar!” (...) En vano intenté explicar mi presencia y justificarme: en un abrir y cerrar de ojos, me tuvo ella tendido sobre la alfombra; luego sosteniéndome de los cabellos con la mano izquierda y aplicándome una rodilla sobre los hombros, se puso a darme vigorosos latigazos. Yo apretaba los dientes con todas mis fuerzas; pese a todo, las lágrimas ascendieron a mis ojos. Pero, bien hay que reconocerlo, mientras me retorecía bajo los crueles golpes de la bella mujer sentía una especie de goce (Sacher-Masoch, como se citó en Deleuze, 2001, p. 140-141, citado por Vargas, 2016).

Vemos en esta escena cómo el masoquismo se convierte en un punto de fijación en la pulsión que marcará el placer del sujeto. Podríamos decir que es una escena masoquista, porque Sacher-Masoch muestra la posición de un sujeto que para su satisfacción se sitúa a merced del otro (Vargas, 2016).

Cuando se llevaba un tiempo creyendo que “el masoquismo proviene de un sadismo primario”, Freud (1920) evidencia que es muy probable que el masoquismo sea anterior al sadismo, proponiendo un masoquismo primario, el cual se vincula con la nueva teoría pulsional donde el masoquismo supone la pulsión de muerte dirigida hacia el sujeto mismo (Ureña, 2010).

Freud propone nuevas consideraciones con respecto al masoquismo en escritos como *Más allá del principio del placer* (1920), *El yo y el ello* (1923) y *El problema económico del masoquismo* (1924), mostrando la dualidad de las pulsiones (vida-muerte) como nueva elaboración y sustento teórico del masoquismo.

Tal como lo expone Freud en *El yo y el Ello* Freud (1923), la pulsión de vida tiene como meta el despliegue y preservación vital; por el contrario, la pulsión de muerte pretende devolver al ser (y la existencia) a un estado inanimado. Para Freud ambas pulsiones confluyen en ser y cualquiera puede posicionarse significativamente sobre la otra en función de alcanzar su meta. Durante el proceso evolutivo la pulsión de muerte se dirige hacia el exterior (del

propio ser) debido a la condición de autopreservación proveniente de la pulsión de vida (Ureña, 2010).

En lo que concierne a la conducta masoquista, no será una consecuencia de la expresión sádica infantil; por el contrario, el masoquismo será una construcción fundamentada en la posición narcisista infantil (recién nacido) en la cual la pulsión de muerte se dirige hacia el propio sujeto. El masoquismo es un elemento que puede influir significativamente o incluso dominar el apetito sexual de los sujetos, como pulsión parcial que ahora se posiciona gobernante en el sujeto adulto (Ureña, 2010).

Por otro lado, el sadismo corresponde al igual que el masoquismo a la pulsión de muerte, pero en este caso, la pulsión de muerte se topa con el narcisismo infantil, razón por la cual esta pulsión se dirige a objetos exteriores tratando de no influir en el yo por fuerza de la libido narcisista (Ureña, 2010).

Retomando de nuevo *Mas allá del principio del placer* (1920), Freud nos dice que el sadismo es una dirección de la pulsión con relación al objeto, pulsión que anteriormente se dirigía hacia el yo. Así, el masoquismo, como polo contrario, es una reversión de la pulsión del objeto hacia el yo (Ureña, 2010), “una vuelta de la pulsión desde el objeto hacia el yo no es en principio otra cosa que la vuelta desde el yo hacia el objeto que aquí se nos plantea como algo nuevo” (Freud, 1920, p. 53). Para Freud (1924) el masoquismo puede ser visto de 3 formas:

como una condición en la que se sujeta la excitación sexual, como una expresión de la naturaleza femenina como ya lo hemos visto y como una norma de la conducta de la vida (behavior). De acuerdo con ello, es posible distinguir un masoquismo erógeno, uno femenino y uno moral (p. 167).

El masoquismo erógeno se da cuando la libido no logra controlar la pulsión de muerte, dirigiendo esta hacia el sí mismo. La conexión entre el carácter masoquista y la sexualidad se produce debido a las disposiciones orgánicas que producen excitación, que se constituyen en el desarrollo infantil con la función sexual (Ureña, 2010). El masoquismo erógeno tomará prestados de la libido del sujeto

sus cambiantes revestimientos psíquicos. La angustia de ser devorado por el animal totémico (padre) proviene de la organización oral primitiva; el deseo de ser golpeado por el padre, de la fase sádico-anal, que sigue a aquella; la castración, si bien desmentida más tarde, interviene en el contenido de las fantasías masoquistas como sedimento del estadio fálico de

organización; y, desde luego, las situaciones de ser poseído sexualmente y de parir, características de la feminidad, derivan de la organización genital definitiva (Freud, 1924, p. 170-171).

Lo que indicaría que el masoquismo erógeno se encuentra como base fundamental de las otras dos formas de masoquismo.

La siguiente forma que expone el autor es el masoquismo femenino. Freud se remite de nuevo a los hallazgos clínicos de los casos de varones de *Pegan a un niño* (1919), donde argumenta que la posición con respecto a la sexualidad y el otro homologa a una actitud femenina (Ureña, 2010): “es fácil descubrir que ponen a la persona en una situación característica de la feminidad, vale decir, significan ser castrado, ser poseído sexualmente o parir” (Freud, 1924, p. 168).

Este tipo de masoquismo es visto por Freud como consecuencia y se encuentra bastante ligado al masoquismo erógeno por su disposición pasiva. Ya sea el placer de la estimulación genital o el placer de recibir dolor, lo importante es que todo radica en el gusto de ocupar una posición femenina (Ureña, 2010). Vale la pena aclarar que cuando Freud menciona el masoquismo femenino no lo hace equivalente a una actitud masoquista en el coito, sino que se refiere a la posición en calidad de objeto que se adopta frente al deseo de un hombre.

La última forma de masoquismo es el moral. En esta forma, a diferencia de las otras, el padecer no es impuesto por la persona amada, ya que aquí no se encuentra esta persona agente del dolor (Ureña, 2010). Freud dice:

El padecer como tal es lo que importa; no interesa que lo inflija la persona amada o una indiferente; así sea causado por poderes o circunstancias impersonales, el verdadero masoquista ofrece su mejilla toda vez que se presenta la oportunidad de recibir una bofetada (1924, p. 171).

Lo que quiere decir que se ha relajado su relación con la persona que provoca el padecimiento (se supone que placentero) y esa persona es sustituida por poderes impersonales, lo que significará que no se refiere a ninguna persona en concreto. Este tipo de masoquismo se caracteriza por lo que Freud nombra desde la clínica como “necesidad de castigo”; el Yo pide castigo al Superyó o a poderes exteriores como las figuras paternas.

Sobre esto Freud menciona “la función de la conciencia y reconocido en el sentimiento de culpa la expresión de una tensión entre el Yo y el Superyó” (Freud, 1924, p.172). El Yo reacciona con angustia (de la conciencia moral) al percibir que no ha cumplido con las exigencias del Superyó: “El Superyó conservó caracteres esenciales de las personas introyectadas, su poder, severidad, la tendencia a la vigilancia y castigo” (Freud, 1924, p.173), lo que posiblemente ocasiona el incremento de la severidad y castigo en el Yo.

Un ejemplo de las fantasías con corte masoquista proveniente de los casos clínicos masculinos (1919) enunciados con anterioridad, fundamentados en el deseo de ser violentado y condenado por el padre. Esto de forma intrínseca corresponde al deseo femenino de una vinculación sometida (pasiva) con el padre. La fantasía de ser violentado sustituye el deseo femenino. Este tipo de expresión masoquista puede evidenciar una regresión edípica, donde se escenifica la relación incestuosa que debe ceder al desplazamiento represivo (Ureña, 2010).

En este sentido, las fantasías masoquistas presentadas por los pacientes de Freud evidencian un sentimiento de culpa como consecuencia de un acto no debido, que se encuentra vinculado con la sexualidad infantil y las relaciones incestuosas. La existencia del sentimiento de culpa evidencia que dichas fantasías aparecen como actos expiatorios lo que nos remite al masoquismo moral (Ureña, 2010).

Sin embargo, varios autores dentro de la línea del psicoanálisis no están de acuerdo con la designación de masoquismo del lado de la mujer que aparece en *la 33ª conferencia: La feminidad* (1933):

La propia constitución le prescribe a la mujer sofocar su agresión, y la sociedad se lo impone; esto favorece que se plasmen en ella intensas mociones masoquistas, susceptibles de ligar eróticamente las tendencias destructivas vueltas hacia adentro. El masoquismo es entonces, como se dice, auténticamente femenino (Freud, 1933, p. 107).

Por ejemplo, Lacan advierte y niega el uso del término masoquismo femenino y lo califica simplemente como la manifestación de un fantasma masculino: un fantasma frente al enigma del goce femenino en los hombres, ya que este solo se ilustra con casos de varones porque, según información dada por Freud, él no cuenta con casos de mujeres donde se haya presentado. Podría decirse en este punto que se confunde la sexualidad femenina con las fantasías masculinas.

Que se afirme como propio de la “naturaleza femenina” algo que corresponde a lo que ocurre en pacientes varones o a las fantasías masculinas sobre lo femenino sólo puede explicarse a partir del paralelo erróneo entre feminidad y pasividad que opera como un esquema en el “masoquismo femenino” freudiano (Rodríguez, 2013). Es necesario tener en cuenta:

en primer lugar, que los seres humanos tenemos impulsos hacia la pasividad y hacia la actividad. Afirmando que Freud ha incurrido en la falacia *pars pro toto*: tomar la parte por el todo (De Beauvoir, 1949, citado por Rodríguez, 2013). La actividad no pertenece en exclusiva a los varones sino a lo genéricamente humano, así como la pasividad no es patrimonio exclusivo de las mujeres (Rodríguez, 2013, p.3).

Otra autora que no está de acuerdo con el llamado *masoquismo femenino* es Irene Meler, quien plantea una alternativa inspirada en el concepto de masoquismo erótico de Freud, proponiendo así una nueva noción a la que nombra “masoquismo erótico de subordinación”. Este se relaciona con el hecho de que

los sujetos inmersos en situaciones penosas, potencialmente traumáticas, es decir desestructurantes para su aparato psíquico, recurren como forma de ligar la cantidad de estímulo que los desborda, a la coexcitación erótica. Esta respuesta puede en ocasiones hacer transmitible una experiencia, evitando así la locura o la muerte (Meler, 2007, p.11).

Este nuevo concepto incluye a niños varones, ancianos u otras personas que hayan sido expuestas a estímulos latentemente traumáticos. Lo que busca este nuevo concepto es desnaturalizar la asociación entre feminidad y sufrimiento ligada al “masoquismo femenino”. Del mismo modo, Meler habla de una “erotización secundaria del trauma” (2005), visión en la que no se incluye de manera explícita el término “masoquismo”, el cual arrastra a la asociación con la perversión sexual (Rodríguez, 2013).

Estas propuestas nos llevan a cuestionarnos lo siguiente: ¿Hablar de masoquismo femenino sería equiparable a hablar de una mujer masoquista? A lo que responderemos: no. Se debe tener en cuenta que la posición de objeto característica de la feminidad se basa en la posición sexual que se asume con relación a los sexos. Sobre esto Freud menciona en su 33^a conferencia:

Eso es todo lo que tenía para decirles acerca de la feminidad. Es por cierto incompleto y fragmentario, y no siempre suena grato. Pero no olviden que hemos descrito a la mujer solo en la medida en que su ser está comandado por su función sexual. Este influjo es sin duda muy basto, pero no perdemos de vista que la mujer individual ha de ser además un ser humano. Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, inquieren a los poetas, o

aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor entramada (Freud, 1933, p. 125).

Este recorrido nos hace notar lo complejo y lo polémico que es el masoquismo femenino, proceso que pone en evidencia un antes y un después en la vida sexual de los seres hablantes, en la medida en que a partir de una concepción de lo femenino el varón se desarrolla sexualmente de cierta forma y marca un punto de fijación frente a la satisfacción.

Este tipo de masoquismo en relación con la violencia de pareja hacia la mujer puede suponer un mantenimiento de la percepción de la mujer que tienen los varones a través de esta fantasía como un constante en el tiempo, en una posición denigrada, castrada y con la función de parir (ser madre) sin permitirse ver a la mujer como algo más allá que su carácter sexual (manera como la expuso Freud). Esto se relaciona ampliamente con lo que se mencionaba en el capítulo 1 sobre los sistemas de género: hombre - superior: proveedor, fuerte, dominante, mujer - inferior: sumisa, madre, merece castigo, quehaceres del hogar.

Conclusión.

La noción freudiana de la fantasía *Pegan a un niño* se identifica como un deseo de recibir satisfacción sexual y amorosa por parte del padre con carácter masoquista en varones y mujeres en la infancia, suceso que en la vida adulta puede suscitar el deseo de ser repetido o revivido. Lo que conlleva añorar ser golpeado y amado por un otro que, basados en la fantasía de azote, sería el “padre”, para volver a sentir la excitación sexual primaria que esto produce. Esto lleva a un punto de fijación que comporta amor y odio, en esa construcción –fantasía - que se retiene para la satisfacción pulsional donde la pulsión se encuentra comprometida.

En el caso de las mujeres, esto indica un punto de partida para la elección de objeto de amor. Posteriormente, el compañero de vida deviene a ser quien ocupe el lugar de “ese padre” que “pega” en el caso de violencia de pareja. Muchas veces no es posible leer el comportamiento femenino desde la lógica de búsqueda de satisfacción, sino desde la constante repetición de traumas; esto indica todo el conjunto de identificaciones, escenas, fantasías y -nuevamente- la repetición instaurada en la lógica del pensamiento que finalmente naturaliza, promueve y refuerza el bloqueo frente a la “ruptura” de estas dinámicas de sometimiento. En este tipo de dinámicas es necesario considerar el caso a caso, es decir, no generalizar a partir de la biología, sino que se trata de la posición singular frente a la castración.

En el caso de los varones, a través de esta fantasía cargada de un alto contenido masoquista se pone en evidencia lo expuesto sobre la concepción del sistema de género, mostrando una fantasía que está basada en una situación característica de lo que Freud propone como femenino: ser castrado, ser poseído sexualmente o parir o lo que es llamado masoquismo femenino. Esta concepción de lo femenino se encuentra ligada a la organización sexual infantil, donde la niña es inferior en comparación con el varón en cuanto a la posesión del pene y la castración que esta representa al no tenerlo, con la asunción de que fue cortado generando horror. Frente al horror y enigma que significa la feminidad, el aparato psíquico responde con un complejo fantasmático cuya matriz es la construcción de *Pegan a un niño*, es decir, el masoquismo femenino: la fantasía de ser castrado por un padre gozador y amenazante por parte de los varones.

El masoquismo femenino y la sexualidad femenina se encuentran profundamente relacionados. Ambos se fundamentan principalmente en la posición sexual en disposición de objeto frente a un hombre que se ha delegado del lado de la mujer y que siempre se remite a la posición frente a la castración, lo que permite también al varón adoptar una posición característicamente femenina en términos freudianos.

El masoquismo femenino se expresa como la forma de intentar comprender la femineidad asumiendo una posición característica de ella pero que conlleva a percibir a la mujer de este modo: objeto, pasivo, receptivo, castrado, masoquista. El masoquismo expone cómo el dominio ejercido hacia las mujeres actualmente sigue dirigido de manera velada y sutil por la imaginación masculina y por el poder hegemónico de estos.

En relación con la violencia de pareja hacia la mujer, el masoquismo femenino puede suponer un mantenimiento de la percepción de la mujer que tienen los varones en una posición denigrada, castrada y con la función de parir (ser madre) sin permitirse verla como algo más allá de su carácter sexual. El discurso freudiano da cuenta y potencializa la visión de la mujer como una figura sometida y pasiva y al hombre le reafirma el carácter violento y dominante donde el deseo se convierte en anhelo utópico y la sumisión en norma.

Hallamos una corrección entre las teorías de género de carácter sociológico con los postulados del psicoanálisis donde se evidencia que la violencia de pareja hacia la mujer termina siendo conceptualizada a través de los ideales de género impuestos por la sociedad o el llamado sistema de géneros, en el cual se ha perpetuado el favorecimiento actual de la adquisición de poder y supremacía al género masculino (dominante), potenciando (contrariamente) la sensación (y necesidad) de ser dependiente y ser sometido en las mujeres (sumisa). La violencia manifiesta hacia la mujer es el emergente de un violentamiento colectivo de las subjetividades femeninas que representan la amenaza palpable de castración que fuerza a los varones hacia el temor que desemboca en el dominio y violentamiento que inhibe el asertividad de las mujeres, ubicándola en un rol netamente reproductivo.

En cuanto a los puntos de divergencias vemos que estas dos vertientes tienen orígenes muy distintos: una procede del psicoanálisis freudiano y la otra de corrientes más sociológicas. En los postulados del psicoanálisis observamos que la percepción de lo femenino y la mujer no es aprendido o enseñado como en el caso de las vertientes

sociológicas, donde es inculcado por la sociedad a través de la educación basada en un sistema patriarcal. En el psicoanálisis estos se desarrollan desde el origen de la psique del niño con relación a la posición con respecto los padres (objetos de amor) a través de constructos fantásticos, teorías, amenazas, asunciones, etc.

En el sistema de géneros se ubica a la mujer como pasiva, denigrada, castrada en todas sus facetas y campos explícitamente y lo vemos a diario con el violentamiento y los comportamientos abusivos contra ellas. En los postulados del psicoanálisis, Freud hace la aclaración que solo describe a la mujer desde su carácter sexual, pero esto no exenta de que los seres hablantes tomen esas características para su vida cotidiana, replicando y haciendo una lectura de la estructura femenina como potencialmente sumisa, cuestión que se reafirma, valida y normaliza en el esquema cultural.

Si bien el psicoanálisis permite realizar un esbozo de las características femeninas que tienen tendencia a la doblegación y sumisión, es importante resaltar que tiene como postulado principal tener presente la singularidad del caso a caso, por lo que se debe privilegiar la disposición subjetiva que asume el sujeto frente al proceso castrativo y la ideación que de allí deviene. Por el contrario, el sistema de géneros no realiza esta distinción, más bien generaliza, tomando constructos generales que aplica para hombres: dominantes y mujeres: sumisas.

Referencias

- Abelin, S. (1996). *La leyenda de Schehrezade en la vida cotidiana*. Editorial Paidós.
- Alba, E. (2019). “Pegan a un niño”, 100 Años. *Revista Psicoanálisis*, *XLI*(1 y 2), 239-255.
<http://biblioapdeba.no-ip.org/pgmedia/EDocs/2019-revista-1-2-alba.pdf>
- Allegue, R., Carril, E., Kohen, V. y Tejería, S. (2014). Violencia doméstica y psicoanálisis. Parte I. *Revista de psicoterapia psicoanalítica*, *VIII*(3), 57- 85.
<https://www.bvpspsi.org.uy/local/TextosCompletos/audepp/025583272014080305.pdf>
- Angarita, J. (2019, 27 de noviembre). *Medicina Legal advierte que este año han sido violentadas más de 98 mil mujeres*. La FM.
<https://www.lafm.com.co/colombia/medicina-legal-advierte-que-este-ano-han-sido-violentadas-mas-de-98-mil-mujeres>
- Aránguez, T. (2016, 24 de agosto). *¿Qué es el método hermenéutico?* Galería de los perplejos. <https://arjai.es/2016/08/24/que-es-el-metodo-hermeneutico/>
- Ayala, C, D. (2019). Rita Segato: un horizonte marcado por la violencia de género, la colonialidad y el poder. *Revista semestral: Nueva Época*, *X*(28), 4-15.
https://www.researchgate.net/publication/335383952_Rita_Segato_un_horizonte_marcado_por_la_violencia_de_genero_la_colonialidad_y_el_poder
- Baker, J. (1992). *Hacia una nueva psicología de la mujer*. Editorial Paidós.
- Ballesteros, D y Suárez, E. (2019). La noción de fantasía en la obra de Freud, antecedente del concepto de fantasma de Jacques Lacan. *Anuario Temas en Psicología*, *5*, 13-26.
<https://revistas.unlp.edu.ar/AnuarioPsicologia/article/view/9659/8515>
- Benjamín, J. (1996). *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Editorial Paidós.

- Borja, A, C. (2016). *Fantasia, realidad psíquica, síntoma, fantasías de seducción, fantasías originarias, fantasma* [tesis de pregrado, Pontificia Universidad Católica del Ecuador]. Repositorio institucional puce. <http://repositorio.puce.edu.ec/bitstream/handle/22000/11243/DISERTACION%20ADRIANA%20CAROLINA%20BORJA%20ENRIQUEZ.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Bourdieu, P. (2003). *La dominación masculina*. (3ª Ed.). Editorial Anagrama.
- Burin, M. (1996). *Género y psicoanálisis: Subjetividades femeninas vulnerables*. Editorial Paidós.
- Caracol radio. (2019, 12 de junio). *En Colombia hubo 220 feminicidios en el primer trimestre*. https://caracol.com.co/programa/2019/06/12/6am_hoy_por_hoy/1560346400_866349.html
- Cárcamo, H. (2005). Hermenéutica y Análisis Cualitativo. Cinta moebio: *Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, (23), 204-216. <https://www.moebio.uchile.cl/23/carcamo.html>
- CEPAL (2018) *Observatorio de igualdad de género para América Latina y el Caribe* (en línea). Consultado 13 de julio de 2019. //oig.cepal.org/es/indicadores/femicidio.
- Chemama, R. (1998). *Diccionario de Psicoanálisis*. Amorrortu editores.
- Chodorow, N. (1984). *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona Editorial.
- Díaz, L. (2011). Mecanismos psíquicos implicados en la tolerancia de las mujeres al maltrato. Un enfoque de subtipos de mujeres maltratadas. *Aperturas psicoanalíticas*, (037). <https://aperturas.org/articulo.php?articulo=0000696&a=Mecanismos-psiquicos-implicados-en-la-tolerancia-de-las-mujeres-al-maltrato-Un-enfoque-de-subtipos-de-mujeres-maltratadas>
- Estada, M. (2011). *Cap. 5, Clínica de la bella y la bestia. En Asociación Análisis Freudiano (Ed.), La violencia sobre las mujeres*. Editorial Catriel.

- Freud, S. (1900 [1899]). *La interpretación de los sueños (primera parte)*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo IV). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1905). *Tres ensayos de la teoría sexual*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo VII). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1908). *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo XVIII). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1915). *Pulsión y destinos de pulsión*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo XIV). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1914-1916). *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico trabajo sobre metapsicología y otras obras*. Freud Obras completas (Tomo XIV). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1919). *Pegan a un niño*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo XVII). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1920). *Más allá del principio del placer*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo XVIII). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1923a). *El yo y el ello*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo XIX). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923b). *La organización genital infantil*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo XIX). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1924). *El problema económico del masoquismo*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo XIX). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1924b). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo XIX). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo XIX). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1926 [1925]). *Inhibición, síntoma y angustia*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo XX). Amorrortu editores.

- Freud, S. (1927-1931) *El porvenir de una ilusión, el malestar en la cultura y otras obras*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo XXI). Amorrortu editores.
- Freud, S. (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo XIX). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1933). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, 33a La feminidad*. Sigmund Freud Obras completas (Tomo XXII). Amorrortu Editores.
- García, M. y Rojas, M. (2015). Las posibilidades de una intervención clínica con mujeres maltratadas: estatuto de víctima y fantasía masoquista. *Trivium*, 7(1). http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2176-48912015000100005
- Godoy, M. (2014). El goce femenino en las relaciones amorosas violentas. *Sapiens Research*, 5(1), 9-13. <https://www.srg.com.co/bcsr/index.php/bcsr/article/view/188/162>
- Gómez, M., Galeano, C. y Jaramillo, D. (2015). El estado del arte: una metodología de investigación. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 6(2), 423- 442. http://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/6843/1/G%C3%B3mezMaricell_y_2015_EstadoArteMetodolog%C3%ADa.pdf
- Greenon, R. (1968). “Desidentificarse de la madre. Su especial importancia para el niño varón”, *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, (21). <https://apmadrid.org/articulo.aspx?id=1015>
- Hernández, R. (2014). *Metodología de la investigación*. Mc Graw Hill Education.
- Heise L, Pitanguy J, Germain A. (1994). *Violencia contra la mujer: la carga oculta de salud*. Organización Panamericana de la Salud.
- Hirigoyen, M. (2012). El dominio. *En Mujeres maltratadas. Los mecanismos de la violencia en la pareja*. (2ª reimpresión). Editorial Paidós.
- Irigaray, L. (1994). *Amo a ti*. Ediciones de la Flor.
- Kofman, S. (1982). *El enigma de la mujer. ¿Con Freud o contra Freud?*. Editorial Gedisa.

- Lacan, J. (1992a). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 20. Aún*. Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1992b). *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4. Las relaciones de objeto*. Editorial Paidós.
- Landero, R. (2003). *Familia, poder, violencia y género*.
https://www.senado.gob.mx/BMO/pdfs/biblioteca_digital/ensayos/ensayos7.pdf
- Laplanche, J. (1985). *Fantasia originaria, fantasía de los orígenes, origen de la fantasía*. Editorial Gedisa.
- Laplanche, J. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Editorial Paidós.
- Lartigue, T. (1998). Edipo y violencia contra la mujer. La internalización de las asimetrías y desigualdades. *Revista latinoamericana de psicoanálisis*, 83-94.
<http://www.fepal.org/images/REVISTA1998/texto%20completo3.pdf#page=74>
- Levinton, N. (1999). El superyó femenino. *Aperturas psicoanalíticas*, (1).
<https://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=55>
- Lluch, M, C. (2014). *Violencia y subjetividad femenina* [tesis de grado, Universidad de la República, Uruguay].
<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/handle/20.500.12008/5314>
- Banco Mundial. (2018, 01 de febrero). *Más de mil millones carecen de protección legal contra la violencia doméstica y sexual*. Banco Mundial. [comunicado de prensa].
<https://www.bancomundial.org/es/news/press-release/2018/02/01/more-than-1-billion-women-lack-legal-protection-against-domestic-sexual-violence-finds-world-bank-study>
- Meler, I. (1997). “Violencia entre los géneros. Cuestiones no pensadas o “impensables” *Actualidad Psicológica*, 22(247), 1-26.
- Meler, I. (2005). Violencia en las relaciones de género. Algunas hipótesis psicoanalíticas. *Actualidad Psicológica*, (328), 1-14.
http://dspace.uces.edu.ar:8180/jspui/bitstream/123456789/1546/1/Meler_2005-ActPsi-328.pdf

- Meler, I. (2007). "Psicoanálisis y Género. Deconstrucción crítica de la teoría psicoanalítica" *Revista del Seminario Interdisciplinar de Estudios de las Mujeres*, (2), 1-77.
- Merlín, N. (2009). *Un retorno a Freud desde Freud: un final de análisis más allá del complejo de castración*. <https://www.aacademica.org/000-020/672>
- Ministerio de Salud. (2020). *Violencias de género*. Consultado el 9 de julio de 2020. <https://www.minsalud.gov.co/salud/publica/ssr/Paginas/violencias-de-genero.aspx>
- Naciones Unidas. (2020). *Violencia contra las mujeres*. Consultado el 9 de julio de 2020. <https://www.ohchr.org/SP/Issues/Women/WRGS/Pages/VAW.aspx>
- OMS. (2017, 29 de noviembre). *Violencia contra la mujer*. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/violence-against-women>
- OMS. (2020). *Violencia contra la mujer*. Consultado el 9 de julio de 2020. https://www.who.int/topics/gender_based_violence/es/#:~:text=Las%20Naciones%20Unidas%20definen%20la,producen%20en%20la%20vida%20p%C3%ABblica
- Oñate, R. (2016). *El Método Hermenéutico en la Investigación Cualitativa*. Consultado el 9 de julio de 2020. https://www.researchgate.net/publication/301796372_EL_METODO_HERMENEUTICO_EN_LA_INVESTIGACION_CUALITATIVA
- Palacios, R. (2017, 11 de diciembre). *La pulsión en el psicoanálisis*. <http://www.psiquentelequia.com/la-pulsion-psicoanalisis/>
- Passerini, M. (2011). *Algunas consideraciones sobre la noción de fantasía en el psicoanálisis* [ponencia 4]. Cátedra Teoría Psicoanalítica de la Carrera de Psicología de la UNLP, Argentina. http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/44968/Documento_completo.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Patri, L. (2014). *Algunas consideraciones sobre la sexualidad femenina en la obra de Freud* [ponencia]. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en

Psicología del MERCOSUR, Argentina.
<https://www.aacademica.org/000-035/695>

Racker, E. (1973). *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Editorial Paidós.

Rangel, L. (2010). El sadomasoquismo: una estructura circular. *En claves del pensamiento*, 4(8). http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-879X2010000200002

Restrepo, S, M. (2009). *Aproximación a la función del dolor en el sadismo y el masoquismo como estructuras perversas* [tesis de pregrado psicología, Universidad católica popular del Risaralda, Pereira]. <https://repositorio.ucp.edu.co/bitstream/10785/2273/1/CDMPSI85.pdf>

Rodríguez, A. (2013, 25,26 y 27 de septiembre). *Del masoquismo femenino ...o de un discurso masacrante*[ponencia]. III Jornadas del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género, Argentina. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.3374/ev.3374.pdf

Sanín, A. (2005). Masoquismo: de la culpa inconsciente a la necesidad de castigo.

Sardiña, M. (2019, 24 de noviembre). Las violencias a las que se enfrentan las mujeres en América Latina no silencian sus voces. *France 4*. <https://www.france24.com/es/20191124-las-violencias-a-las-que-se-enfrentan-las-mujeres-en-am%C3%A9rica-latina-no-silencian-sus-voces>

Segato, R. (2003). 334 las estructuras elementales de la violencia: contrato y status en la etiología de la violencia. Serie Antropología, Brasilia. http://www.escuelamagistratura.gov.ar/images/uploads/estructura_vg-rita_segato.pdf

Stoller, R. (1968). *Sex & Gender*. Editorial: Science House, New York.

- Ureña, C, A. (2010). *El Masoquismo Femenino y la Sexualidad Femenina: un acercamiento desde el Psicoanálisis Freudiano* [tesis de magister en psicoanálisis, Universidad Católica Popular Del Risaralda, Pereira].
- Vamos mujeres. (2016). *Boletín de prensa N ° 2 Informe sobre la situación de violación de derechos humanos de las mujeres en Medellín y territorios de Antioquia 2016*. [comunicado de prensa]. <http://vamosmujer.org.co/sitio/enterate/noticias/736-bolet%C3%ADn-de-prensa-no-2.html>.
- Vargas, K. (2015). Freud y la cuestión de la prehistoria en la mujer. *Revista Estudios Socio humanísticos*, 1(1), 85-90.
- Vargas, K. (2016). Del masoquismo y otros destinos de pulsión. *Revista Affectio Societatis* 13(25), 220-233.
<http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>
- Vargas, K. (2018). Psychoanalysis and literature: Elfriede Jelinek or the woman at the sidelines. *Revista de Letras, São Paulo*, 58(2), 97-107.
- Vargas, K. (2019). *Sobre lo femenino y el lazo social: una mirada a la violencia en Colombia. ¿Podemos construir la paz? Perspectivas, rituales, encuentros*. Editorial Bonaventuriana universidad San Buenaventura.
- Winnicott, D. (1982) *Realidad y Juego*. Editorial Gedisa.